

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 11 DE AGOSTO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Un homenaje memorable

Tal es el que se le hizo, en el Salón de las Américas del Palacio de la Unión Panamericana, a Gabriela Mistral, en la tarde del 13 de mayo pasado.

Écos de la velada son estos párrafos.

Del Dr. Rowe:

Todos hemos admirado la infatigable actividad de Gabriela Mistral, no sólo por el mérito eminente de su contribución a la literatura, sino también por su sinceridad y el fervor de su consagración a la mejora social y al progreso de su país. El espléndido esfuerzo que ella ha hecho por el bienestar de los niños en su patria rivaliza con la belleza de sus versos y la inspiración de su prosa.

De Mrs. H. A. Colman, Presidenta de la Liga Nacional de Escritoras de los Estados Unidos:

Muy orgullosas nos sentimos de felicitar a una de nuestras hermanas americanas, oriunda de nuestro propio continente, que ha dedicado su vida y su talento al bienestar de la humanidad, por medio de su más poderoso y eficaz conductor, el de los niños.

Si bien su poesía y su prosa la han colocado en el templo de la fama, no es sólo por esto que Gabriela Mistral es querida y venerada. Patriota en el más hondo significado de la palabra, su amplia comprensión de las necesidades de los pueblos de este continente la ha impulsado hacia el panamericanismo como el mejor medio de enriquecer la vida espiritual de las naciones de América, siendo este a la vez un poderoso factor hacia una mayor consolidación y un mejor entendimiento entre los pueblos que forman la Unión Panamericana...

En el retiro de su lejana casa en Chile, Gabriela Mistral aspiraba tan sólo a servir a la humanidad, pero el destino la ha designado como un apóstol de la verdad cuya misión es predicar y enseñar. Con un talento derivado de una clarividencia que penetra más allá de las superficialidades y las cosas no esenciales de la vida, con la compasión que poseen únicamente aquellos que han

apurado la copa agri dulce de la experiencia, y con una espiritualidad serena que es el resultado de sobrellevar la corona de espinas del sufrimiento, ella se ha inspirado en las fuentes de la vida misma. Con una sencillez característica de todo lo que es verdaderamente grande, ella mira hacia los hechos primitivos y moja su brillante pluma en las realidades desnudas del presente.

Rendimos homenaje a los principios de su credo confesado: «Soy parte de todo y todo es parte de mí». Honramos su talento y sus hazañas literarias, las cuales le han conquistado un puesto envidiable dondequiera que se habla la lengua castellana. Así como su arte no reconoce distinción de clases, razas ni fronteras, así nuestro homenaje tampoco reconoce limitaciones geográficas ni de idioma.

De Miss. Grace Abbott, Directora de la Oficina Federal de Niños:

Siento muy de veras que no me sea dado saber de primera mano lo que Chile ha hecho, y lo que espera hacer en el futuro, en el campo de la reforma social. Los informes son un medio muy poco satisfactorio de aprender la manera cómo los ideales de todo un pueblo, con referencia a sus niños, han encontrado expresión en las legislaturas, en las instituciones y en todas las demás medidas para el bienestar y cuidado de ellos. Por este motivo espero muy de veras que la Oficina de Niños de este Gobierno estará representada en el Cuarto Congreso Panamericano del Niño, que se reunirá en Chile el próximo otoño, conferencia en la cual las Repúblicas de este hemisferio no discutirán ni ejércitos ni armadas, ni comercio ni agricultura, sino algo más importante, la manera de obtener para los niños del continente americano mejores oportunidades que las que les ofrecen en cualquiera otra parte del mundo.

Del Sr. Beltrán Mathieu, el Embajador de Chile:

Excelencias y distinguidos colegas de la Unión Panamericana:

Herederos de un patrimonio común, todo

nos los hemos disputado después de la emancipación: territorios, mares y ríos, pero, lo que no nos hemos disputado, lo que no podríamos disputarnos, son la lengua y las gloriosas tradiciones del pensamiento que nos legó la madre España. Ese tesoro permanece en indivisión, constituyendo un fuerte vínculo de unión, un solo y mismo campo de labor en que todos nos empeñamos por conservar e incrementar el acervo hereditario.

Se nos conoce poco acá y se nos supone en un estado de cultura más o menos rudimentario. Proviene eso tal vez de que sólo ven llegar los productos brutos o materias primas que les exportamos, rara vez un producto acabado, fino, pulido, como el que tengo ahora la fortuna de señalar a su atención, presentándoles a Gabriela Mistral. No me parece que la invasión que desde allá les está llegando, para disputarles la preeminencia en la arena del pugilismo, sea bastante para alterar su juicio y para que nos otorguen una patente de cultura.

Los poetas, los artistas y literatos, en general los que en nuestra América Latina cultivan y enaltecen el pensamiento, son los llamados a modificar ese criterio y a establecer el lugar que nos corresponde en el concurso que aportamos a la obra de la civilización. Considero a este pueblo bien dispuesto a hacernos justicia y a reconocer los méritos que poseamos, si lo penetramos de ellos.

Tiene la palabra Gabriela Mistral:

Profundamente honroso me es que la palabra que me introduce en este recinto ilustre, sea la de mi país y venga de un varón electo de mi sangre, en el cual se reconoce la chilenuidad hecha nobleza.

Ha precedido a la voz de nuestro representante la del hombre superior que trabaja en las relaciones espirituales de nuestros pueblos, creyendo, con videncia feliz, que no son vínculos verdaderos sino los elevados, es decir los del alma.

Las palabras generosas de las tres señoras representantes de distintos organismos nacionales de mujeres que me han dado su bienvenida, uno de los cuales comprende 700,000 maestros, me hacen sentir la seguridad de los caminos familiares en la tierra norteamericana. El magisterio común es

lazo tan vivo como la lengua común. El me borró la formidable realidad geográfica en la tierra mexicana, por la que caminé entre los maestros y los niños, con una confianza dichosa que hacía cantar mi sangre.

Recibo este acto que vosotros habéis llamado homenaje, sin pensar ni por un momento en que se trate de la manifestación a un individuo—comprendiendo que se quiere honrar a las mujeres hispano-americanas y lo agradezco por ellas. Se me ha elegido, sin duda, porque se sabe que existe en mí hondamente el sentido de raza. Los Estados Unidos como país fuerte y con activa conciencia de raza, estiman la lealtad del hombre hacia su sangre, y yo soy de esos leales.

No creo que la diferenciación de los pueblos signifique una fatalidad sobre la tierra. Pienso que ella, en la humanidad como en la naturaleza, es una forma de enriquecimiento. De este modo, lo latino, aun en sus aspectos de contraste más agudo es, frente a lo anglo-sajón, uno como erguimiento de distintas virtudes, de otras modalidades de vida, pero no un destino de discordia.

Estiman algunos que el único modo de concordia entre los pueblos sería la unificación de las costumbres, de las formas de vida económica, de los criterios sobre la verdad. Otros sentimos que cada grupo humano puede progresar, llegando hasta el suave ápice de las perfecciones, dentro de su modalidad. Los que esto pensamos, al hacer la exaltación de nuestros valores étnicos, no ponemos ni soberbia ni odio, hablando de fidelidad hacia nosotros mismos.

Si creyese que no hay los caminos del espíritu, sino un camino del espíritu, y con él de la perfección, al comparar nuestros países de vida económica desgraciada, de acción social convulsa, con los Estados Unidos y nuestras ciudades que apenas son un radio con las vuestras, el desaliento haría caer mis brazos y se paralizaría en mí la pulsación quemante de la esperanza de la cual se vive. Pero siento que vosotros sois, dentro de las infinitas expresiones de lo Divino, la Voluntad y la Energía, en su más ardiente rojez. Nosotros significamos un dardo menos recto hacia la acción, una flecha que se detiene en las colinas de la belleza y también entre los garfios de la discordia frecuente, pero sin perder el ímpetu que ha de hincarnos algún día en el éxito. En vosotros la acción es tan rápida que llega a aparecer paralela del pensamiento, más que hija de él; en los latino-americanos se retarda por una como delectación del análisis y también por la lucha que el mismo análisis hace.

Tenemos con el inglés diferencia de ritmo en la creación y en la vida; mas, la lentitud no siempre es la pereza, y yo recuerdo al decir esto, a Leonardo, en cuya lentitud había la mitad de insatisfacción, de divina insatisfacción, y la otra mitad de recogimiento o sea de actividad interna.

Esta diversidad de ritmo físico, que se hace visible entre las ciudades de los dos hemisferios, existe también entre las reli-

giones del mundo, sin que suponga inferioridad el latino calmoso. La mahometana y la judía son activas, casi trepidantes, el budismo no es inferior a ellas por haber hincado en la meditación hasta la entraña del éxtasis.

Yo tenía hasta hace poco cierto desdén hacia el Oriente lánguido y lo que se asemeja al Oriente, que es, en nuestros países, el indio. Se iluminó mi conciencia de verdad, viendo trabajar a un mixteco mexicano en sus lacas. Hacía el hombre de cara oscura y de ojo largo y oblícuo, con una calma deleitosa, que era puro amor, el incrustado de unas hojas. Lo que la máquina habría acabado en un minuto, le robaba a él una hora; mas, no sugería su trabajo la idea de una cosa torpe o desgraciada, que pudiera superarse. Era aquélla la calma del obrero que hace con cariño, casi con ternura. El mismo afán que pone el artista en la elección del adjetivo, el mismo volver al trazo anterior, estaban en la mano lenta y sabia del decorador indio.

Entonces yo comprendí que, aunque no tuviese ese hombre otra facultad elevada que aquella y desconociera el cristianismo superior o el gozo de la armonía en la música sinfónica, él estaba sentado conmigo en el mismo plano de la mente y de la emoción y que su faena tenía los mismos quilates diamantinos de excelencia que las mejores. No importaban los otros aspectos, junto a ese acto único, pero suficiente para la equivalencia. Distinta su casa de la mía, su oración de la mía, su criterio cívico. ¡No importa! Él se hallaba iluminado por igual luz de revelación en el momento de crear. Yo supe allí, con certidumbre total, que no he de perder más, que éramos iguales, no por la misericordia del mandato cristiano ni por la tan falsa igualdad ciudadana, sino por esencia, es decir, absolutamente.

La amistad de pueblos distintos, buscada por la Unión Panamericana, sería fácil si todos nos penetrásemos, hasta el último límite de la conciencia, de este concepto de disimilitud sin inferioridad. Será posible la unión si las gentes del Norte, con ojo que traspase lo exterior ingrato y penetre la hondura noble, ven que corre como un río puro un anhelo enorme aunque confuso de justicia bajo estas angustias nuestras: bajo la dura hora económica que vive nuestro Chile, el país heroicamente pobre, rico sólo de honra; bajo la larga revolución mexicana, santa en el anhelo; bajo la desinteligencia de Centro América.

Por nuestra parte, reconocemos en las creaciones vuestras una exaltación tal de la voluntad del hombre, que honra a la humanidad. Mirando vuestras poblaciones sentimos hasta dónde puede llegar el brazo humano cuando se pone a hacer. Vuestras instituciones son visión comparable a la hora del amanecer. Walt Whitman decía que el pecho más ancho de su compañero sólo le desmostraba la capacidad del suyo, y nosotros, viendo la asombrosa vida industrial norteamericana, recogemos como un

exhalar marino de fuerza, que se nos volverá salud.

No únicamente influjo material os debemos; yo cuento entre los formadores de mi carácter a vuestro Emerson, fortificante como un aire de pinares e iluminador de las minas ciegas del alma humana.

A mi paso por este gran país, una muchedumbre de impresiones ha entrado en mi espíritu, confusamente. La más noble es esta: el sentido religioso de una buena parte del pueblo norteamericano y, sobre todo, la fe que mira al aspecto social, que no es sólo norma para la vida del individuo, sino que busca serlo para la vida colectiva. Desde la secta cuáquera, hasta la iglesia católica, pasando por las otras, vuestro cristianismo penetra la vida de las masas y afronta la cuestión social, en vez de quedarse al margen de ella, con prescindencia cobarde.

Yo quiero repetir que es esta la revelación dichosa que he recibido. Porque yo no soy una artista, lo que soy es una mujer en la que existe, viva, el ansia de fundir en mi raza, como se ha fundido dentro de mí, la religiosidad con un anhelo lacerante de justicia social. Yo no tengo por mi pequeña obra literaria a que habéis aludido, el interés quemante que me mueve por la suerte del pueblo. No hay en mí ansia de reivindicaciones populares, de aproximación a la política. No soy, por cierto, una sufragista. Hay en ello el corazón justiciero de la maestra que ha educado a los niños pobres y conocido la miseria obrera y campesina de nuestros países.

Viendo en un grupo selecto de hombres que he tratado, el espíritu religioso libre de aristocratismo individualista, y al anotar con asombro que la religión en Estados Unidos es una preocupación seria del hombre y de la multitud, y no es desdeñada como factor superior por los intelectuales, he pensado que tal vez pueda ser ella el mejor camino para hallar la concordia que buscan los panamericanistas.

Los caminos ya seguidos son los del intercambio económico e intelectual. No disminuyo la eficacia de esos medios; creo, sin embargo, que el tercero poseería más elevación.

La fe de nuestra América es la católica y la vuestra la protestante; pero ya hay signos de una aproximación de las iglesias, que se haría en bien del cristianismo total, para defender al mundo del materialismo oprobioso de este momento.

Imprimir la norma cristiana en las relaciones del Norte con el Sur; poner la conciencia por sobre los intereses: esa sería la faena. La actividad meramente política de hoy trascendería a movimiento espiritual, y la cooperación de los fuertes no sería vista como dominación, sino como la vasta ayuda humana de un Estado próspero y ya cuajado, hacia otros que se hacen dolorosamente.

Ven algunos la religión en nuestros pueblos como un soliloquio sublime, que puede lograrlo todo en su interior adorante, y no como un dinamismo divino y poderoso.

Mas, el creyente que reza en la soledad es menos maravilloso que la plebe dolorida que hacia como aureola de carne contrita a Cristo en la orilla del lago.

Yo digo, pues, humildemente, este deseo, en la hora de conversación con vosotros que habéis querido concederme: el de que, si se ha superado la aproximación económica con la intelectual, se supere a ésta con un movimiento cristiano hacia nosotros. Tienen una fecundidad relativa los medios inferiores con que se busca la unión entre los hombres, o sea los intereses; solamente el espíritu derribe los obstáculos para las grandes empresas y las transformaciones verdaderas de la Tierra. Sólo él vuela, libre y gozoso como el albatros marino, por encima de las limitaciones terrestres.

Dios haga a Estados Unidos realizar, con norma cristiana, la ayuda del mundo dolorido, enfermo de injusticia y de odio, y que

las mujeres y los educadores sean, formando la generación que lo alcance, algo así como las manos mismas de Dios.

Por fin, estas palabras de Gabriela ante la tumba de Jorge Washington, en Mount Vernon:

¡Que el espíritu de Jorge Washington sea siempre presencia viva para su pueblo! ¡Que la guerra no sea nunca para Estados Unidos sino lo que fué para Washington: el último y más afligido recurso! Que él trabaje por nosotros dentro de su pueblo, dictando justicia para nosotros. Así como defensor le miramos; es el Gran Muerto que habla en nuestro favor perennemente.

(Tomado del Boletín de la Unión Pan-americana, Washington, D. C.)

Un panorama de la actividad intelectual en la vida española

El descontento, factor del progreso

Paris, abril de 1924.

DE un breve viaje por España sólo puede derivarse impresiones. ¿Cómo imponerles unidad sin conocer los múltiples aspectos del esfuerzo intelectual hispano? ¿Cómo trabar nociones si la memoria se siente grávida porque suntuosas imágenes la embargan?

A quien visita las grandes librerías y lee los diarios más principales, al observador que estudia con simpatía, le asaltan dudas respecto a terminantes afirmaciones que nadie examina o discute. No se lee en la península, se dice, y las estadísticas traen la abrumadora cifra del analfabetismo. A la nación incuriosa llega el tumulto de Europa sin conmoverla. No se entera, según los que denuncian esa ominosa apatía. Empero, los editores traducen obras de todas las lenguas cultas. Antes de que aparezca Spengler en francés, en inglés o en italiano, se publica en edición española. Análoga indicación puede hacerse en relación con Freud o con Ratenau. De la escuela jurídica alemana, de los criminalistas italianos, de los doctores del neomarxismo ruso, lo esencial surge, en vestidura castellana, de prensas curiosamente activas. Numerosas colecciones entregan al público todos los días libros con qué saciar la más ardorosa curiosidad. Nada escapa a este empeño de importación, clásicos y modernos, literaturas remotas, grandes libros del pueblo convecino que siempre atrae, porque

es nervioso y sutil, a los españoles. De presente, el interés va a Italia, a descubrirla, a propagar su renacimiento cultural. Pirandello, Borgese y el mismo Verona ingresan triunfalmente en la península. A quien lee estas colecciones invasoras, a un vasto público se dirigen, corresponden seguramente a direcciones que impone una inteligencia quizás insegura, pero también ágil y hospitalaria. No persistirían en su interesante conato las grandes casas editoriales si no llegara a ellas, en masa, el lector capacitado para distinguir, rechazar y admirar. ¿Qué comerciante se expondría al fracaso en su esfuerzo por educar a su público, por imponerle un peligroso sursum? Ciertamente, América lee, compra libros que vienen de la metrópoli, pero no basta su curiosidad en progreso para explicar la fundación y el desarrollo de poderosos centros de edición.

Además, en los grandes órganos de la prensa, domina un estado mayor de escritores. Allí están los más originales, los más cultos, los mejores. La hoja cotidiana se convierte en revista para todas las gentes. No sólo sorprende el periódico por su abundante información, por su perfección gráfica, porque se ha adecuado a la agitada vida de nuestro tiempo, sino porque en él se discuten diariamente los más altos temas y el espíritu se enhiesta al leerlos. Imaginaos lo que sería la prensa de París si en ella colaborasen regularmente Bergson y

Claudel, Anatole France y André Gide. Si nadie se interesa en la cultura, ¿por qué convocan los directores de los periódicos peninsulares a tan selectos espíritus, por qué entregan sus columnas a sabias discusiones sobre la excelencia de la enseñanza clásica o el porvenir del sindicalismo o las relaciones entre la enseñanza de Tolstoy y el comunismo rojo de los eslavos?

Misteriosa simpatía que sólo se justifica si los lectores siguen tales encuestas, si se complacen en disquisiciones trascendentales, si un intenso amor de ciencia los aprieta, si piden luz, más luz en España que a sí misma se condena como país de regresión y de tinieblas. Creo que se lee más allá de los Pirineos y que la «inteligencia» que tantas analogías presenta con la de los rusos—poder inclinado a la crítica, fuerza explosiva y destructora—va formando un vasto público, suscitando inquietudes en un pueblo resignado, creando un estado difuso de incertidumbre, favorable a las revelaciones y a las trasmutaciones. El progreso, según Stuart Mill, es obra de espíritus descontentos. Los jóvenes españoles, generación que estudia y medita y afirma que nada está bien en la península, transforman a la misma gente que se ufana de conservar y resistir, llevando hasta ella interrogaciones, dudas y lecturas.

No sé cómo reaccionan las clases sociales ante esta propaganda del diario y del libro. Se dice que la aristocracia indiferente, entregada a aventuras y deportes, sonríe cuando los intelectuales se lamentan y priva a estos de acción inmediata en los salones. Sin embargo, una marquesa invita a Stravinsky, que dirige conciertos en Madrid, y en grandes mansiones solares se inauguran exposiciones de pintura. Por el arte, por el snobismo, llegarán los grandes al libro nuevo, a la idea audaz. Quién sabe si Ramón y Cajal hallará pronto duquesas con las cuales discutirá las reglas de la investigación biológica como Voltaire estudiaba con madame de Chatelet los principios de la filosofía de Newton.

El clero se opone naturalmente al análisis pertinaz de la vida hispánica. Interesado en el mantenimiento del antiguo orden social, prefiere la evolución lenta o la estagnación a la revolución. Con todo, las revistas que publican determinadas congregaciones docentes se distinguen por su elevado espíritu e informan, aunque sea en actitud de crítica, de las más importantes manifestaciones del pensamiento contemporáneo. Acaso temen que el intelectual se convierta en agente de disolución, que sepa destruir pero que ignore el arte operoso de las construcciones durables.

No se ha formado todavía en España, como en Francia, una poderosa clase media. Los plutócratas se inquietan porque, tras las reformas, adivinan el ataque a la propiedad. No leen seguramente. Se ciñen, en la industria, en la banca, en el comercio, a sus estrechas obligaciones. Los señores de la tierra saben que sufrirán desmedro sus privilegios si se discuten los fundamentos del régimen social. Los políticos constituidos en grupo con sus clientes, poco estudian, si aceptamos autorizados juicios sobre su acción. Algunos de ellos, un Sánchez de Toca, un Ossorio y Gallardo, agitan ideas, discuten con prestigiosos ideólogos. ¿No acaba de declarar Ossorio y Gallardo, en una revista liberal de Francia, la *Nueva Europa*, que los conservadores de España deben preparar el camino a los hombres de la izquierda, a los reformadores, y que a ello se reduce su presente función histórica? He aquí a un hombre público que simpatiza con las derechas y se inclina ante las necesidades de la hora próxima.

Los obreros se instruyen seguramente; pero colecciones, tal la que publica el editor Sempere, pusieron a su alcance la más ilusoria literatura anarquista, como si el caos pudiera ser norte de su ambición futura. En los diarios encuentran ya elementos para formar precisa opinión sobre los sucesos del mundo, para afirmar y ordenar sus reivindicaciones.

A todas estas clases, constituidas o en formación, llevan los intelectuales su doctrina. Combaten la oriental aceptación de lo que adviene, sea mengua o resurrección, exigen cooperación eficaz. Donde mantienen tan segura preeminencia instituciones envejecidas, augustas creaciones del pasado, ellos critican y condenan. Job ha resucitado en la península, escribía un cronista. ¿Qué más da?, dice el hombre de las calles y de las plazas.

La «inteligencia» española rechaza tal opinión. A todos los géneros lleva su generoso ímpetu. Ninguno de éstos prospera tanto como el ensayo. Si el renacimiento de la actividad intelectual española es, en todos los dominios, evidente, me parece que en el artículo, en el comentario, en la crítica, en la crónica, el progreso se manifiesta de manera decisiva. Pululan ideas sutiles o fuertes en los editoriales de los grandes diarios. El periodista se transforma sin esfuerzo en ensayista. Mientras tanto, a despecho de nobles tentativas, el teatro se extravía en el fácil vodevil o vive de importaciones extranjeras y se dice de la novela que sólo la interesan los problemas que surgen en torno de una aguda sexualidad.

Los intelectuales luchan, no sólo

con la indiferencia de otras clases, sino también con el desarrollo del espíritu crítico. ¡Qué severidad para juzgar el esfuerzo ajeno y la obra propia! Los jóvenes, en su afán iconoclasta, se apresuran a destruir y a negar. Se eclipsa la gloria de las grandes figuras de un pasado no remoto. Sobre Menéndez Pelayo, formidable crítico, he escuchado injustas opiniones. Y nadie escribe hoy mismo mejores ensayos que los consagrados por el maestro a Víctor Hugo o a Heine,

ni explica, mejor que él, los grandes sistemas filosóficos. Pero ¿cómo afirmarse sin establecer antítesis y diferencias? Vendrá pronto la síntesis acuciada y a ella habrán contribuido, en inesperado concierto, dos o tres generaciones.

Disolviendo o construyendo, los escritores buscarán la amistad de nuestra América. El ibero-americanismo no es ya voz a que no corresponde actual realidad, *flatus vocis*, sino expresión de sincero acercamiento. Se disertará siempre, entre aplausos, en simpáticas asambleas; pero, mejor que en tales escarceos, espíritus fraternales acogerán la obra de los americanos como si hubiera aparecido en una región de la península sin obedecer a viejos prejuicios, con decisión de reconocer preeminencia dondequiera que ésta se encuentre, como sucedió con Rubén Darío y hoy parece que va a producirse con Amado Nervo.

Esta minoría activa y sabia de intelectuales vigila los ensayos políticos del Directorio Militar. Frente a la fuerza áspera el espíritu que protesta o sugiere a pesar de la censura, que no se inclina y pronuncia el orgulloso *non serviam*. El destierro de Unamuno, la clausura del Ateneo, la desaparición de una revista de brillante historia, *España*, han sido aspectos de la lucha entre dos poderes resueltos y tenaces. Interesante duelo en el cual la «inteligencia» ha ganado ya algunas batallas.

Naturalmente, algunos desesperan en el combate o buscan un refugio para meditar y volver más tarde a la acción intensa. Así, Ortega y Gasset ha proclamado, en elegante ensayo, que sufren ocaso las revoluciones y que no es España tierra para cataclismos sociales o políticos. Otros, como Luis Araquistain, se mantienen en estado de rebeldía, aportan claras soluciones, se preparan para dirigir al país remozado.

¿Qué falta a la obra de todos, al viril y simpático empeño? Simbiosis, sinergia, todas las manifestaciones de una actividad que, en vez de dispersarse, se concentra; la contribución, sin reservas, de individualidades distintas a trabajos comunes; pero no, como hasta ahora, la acedia en el juicio, la división, la exasperación de la duda y del examen, el total desencanto. España sana y austera, con prodigiosas reservas, espera a sus directores para ser bulevar de todas las culturas, poderoso centro de energía espiritual. Pero antes es necesario que «ponga su silla la unidad sobre todo», como enseñaba el místico.

FCO. GARCÍA CALDERÓN

(*La Nación*, Buenos Aires).

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Santa Teresa: <i>Las Moradas</i> , 1 vol. pasta.....	4.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Geraldv: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Azorín: <i>El chirrión de los políticos</i>	3.00
R. Rolland: <i>Vidas ejemplares</i> (Beethoven, Miguel Angel, Tolstoi) (1 tomo pasta).....	3.00
Homero: <i>Ilíada</i> (2 tms., pasta).....	6.00
Longfellow: <i>Evangelina</i> , Trad. en prosa de R. Merchán.....	1.20
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tomo pasta).....	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tomo pasta).....	3.00
Plutarco: <i>Vidas Paralelas</i> (2 tomos pasta).....	6.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms. pasta).....	9.00
Fray Luis de León: <i>Poemas originales</i>	1.25
Arturo Borja: <i>La flauta de bnix</i>	2.00
Luis Carlos López: <i>Por el atajo</i>	5.00
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i>	0.75
Eurípides: <i>Tragedias</i> (un tomo, pasta).....	3.00
Homero: <i>Odisea</i> (un tom. pasta).....	3.00
P. Henríquez Ureña: <i>Mi España</i>	4.00
Alfonso Reyes: <i>Los dos caminos</i>	2.50
José Vasconcelos: <i>Estudios In dostánicos</i>	4.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	2.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de Otoño y otros poemas</i>	2.25
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.25
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.50

"Pegaso"

Montevideo-Uruguay

Es la única revista nacional de letras que se publica en el Uruguay.

San Salvador 2309
Montevideo

La filosofía de Joaquín V. González

Madrid, febrero de 1924.

El atardecer sereno

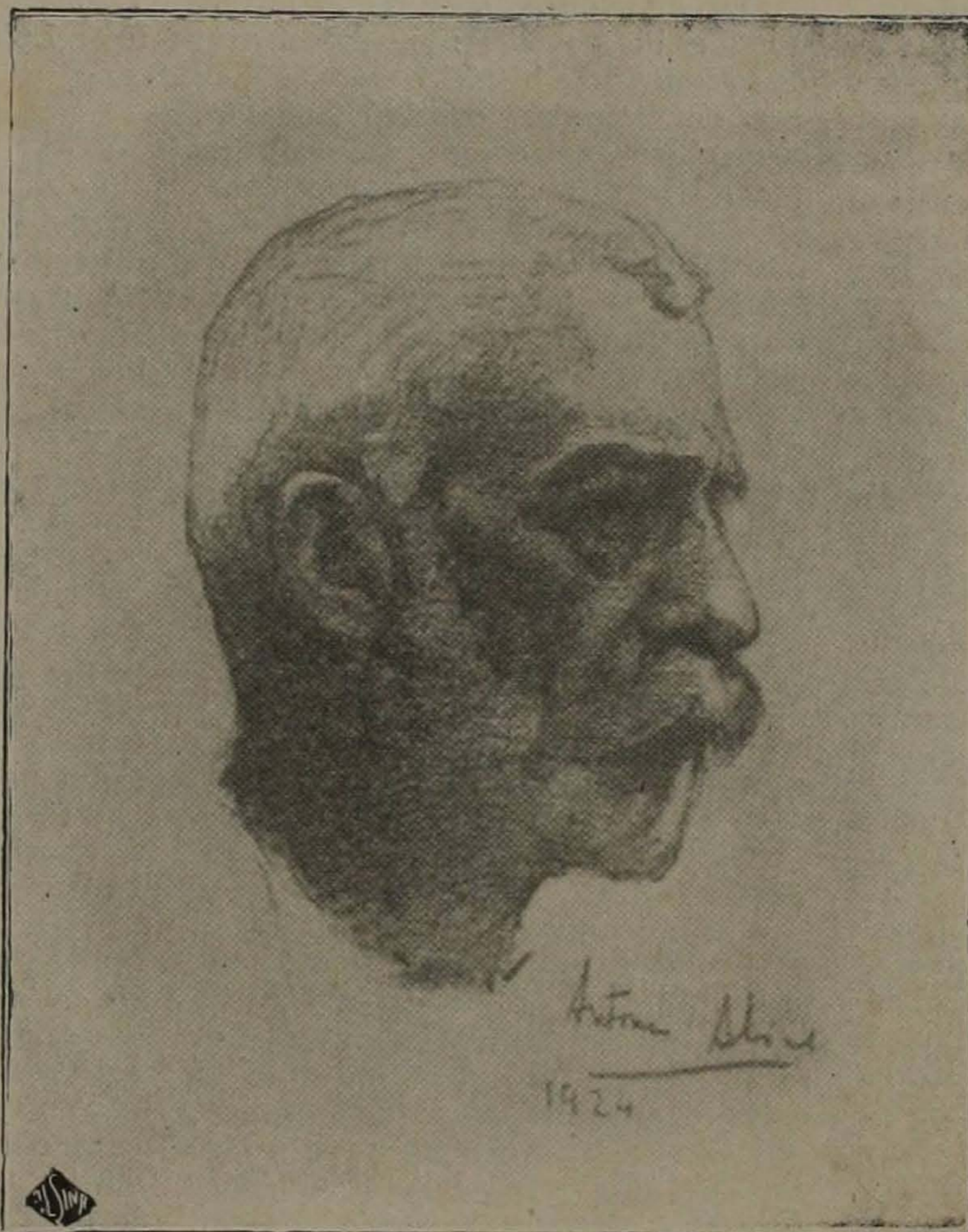
CIERTOS hombres—de espíritu superior, de fina contextura íntima,—después de darse, sin reservas, con derroche, a la vida pública y social—¡a todos!, doloridos, a veces, marchitas, quizá, no pocas de sus más caras ilusiones—vuelcan el cáliz de su alma hacia «adentro», y dedican las energías, no consumidas en las luchas, a la elevación interior y a la liberación absoluta de la conciencia y del ser moral.

Aproximándose al fin misterioso de la existencia terrena, esos hombres adelantan la visión de la eternidad, piensan y discurren como si en la eternidad vieran, y prepáranse, en el recogimiento místico, a bien morir, dispuestos a aceptar serena y dignamente la última irremediable decisión del destino. Y, entonces, en el diálogo consigo mismos, en el inevitable análisis, melancólico siempre, de las profundidades del propio ser, es cuando esos hombres se acaban de conocer, o se conocen, por fin de veras, y dan o pueden dar, en espléndido ocaso, su nota personal definitiva, síntesis depurada de una vida, y cuando su pensamiento, libre quizá como nunca, puede alcanzar el máximo de fuerza, el máximo calor y la máxima luminosidad.

Y he ahí, a su modo, el caso-ejemplo de Joaquín González. El, al aproximarse al umbral de la vejez—otoño aun—realizó con supremo esfuerzo la tarea de la edificación interior, del examen de conciencia cara a la eternidad insondable.

Yo le ví—declaro que intensamente impresionado, y recogiendo saludable enseñanza—en esa última etapa de su vivir fecundo.

Recogido y abrazado como nunca a sus libros, dominado por las más altas preocupaciones, con el anhelo de una vida de retiro campesino dedicada al trabajo sin fiebre ni ambición, soñando con el respiro de un viaje a España—obsesión constante del egregio argentino—el Dr. González, de los días de 1921, era para mí como valor



Don JOAQUIN V. GONZALEZ

Fundador de la Universidad Nacional de La Plata, República Argentina

estético moral, y como ejemplo, superior al político ardoroso y luchador de 1910, con ser entonces el insigne escritor una de las figuras de más fuerte relieve en la intelectualidad argentina más escogida.

Camino González del retiro y del reposo—reposo del peregrino, que seguirá su ruta hacia lo absoluto, que es como yo lo sorprendía en nuestras conversaciones íntimas, y dominado por el ansia de un solaz místico—el maestro alcanzaba a mis ojos, una alta significación. Era aquél el que se nos revelara en la hermosa traducción de *Cien poemas de Kabir*, labor realizada como «un solaz, nos dice, y un reposo mental, tomado al pie de un cerrito casero, a la sombra de grandes piedras o de parras tupidas...» en la residencia «llamada Samay Huasi, que en idioma de los incas del antiguo Perú tanto quien decir como casa del reposo—en la villa argentina del Famatina...—en La Rioja».

Manifestóse ese estado de alma del viejo luchador, sobre todo, en el so-

berbio prólogo que acompaña a la traducción de Kabir. Y es que en este prólogo—un hermoso *ensayo*—es quizá donde el hombre a solas consigo mismo volcó con más cariño y generosidad las esencias más finas y más recónditas de su alma, las más calladas y latentes, pero acaso contenidas por las responsabilidades de una vida llena de intervenciones públicas, que imponen, cuando menos, recato a la sinceridad, a la vez que distraen el ánimo de su cauce...

El alma, fatigada de lo exterior, se repliega y se encuentra al fin, y dueña de sí, en la soledad, se entrega a sus confidencias, y se encuentra frente a frente con su ser ultraíntimo, el que llevara dentro como encogido; y al choque del diálogo brilla la luz, hasta entonces opaca, bajo los miles velos de las diarias preocupaciones. «¿Quién soy yo—se pregunta—para llamar a los oídos de nadie? Pero un día la montaña nativa habló por mí: yo trasmití el mensaje del alma difusa de los seres muertos y vivos que en ella tienen nidos y sepulcros, y entonces vi, conocí, sentí que era místico.

Alguien me llamó panteísta, y yo le encontré razón...»

Místico ¡exacto! Panteísta ¡exacto! y por ello de enjundia religiosa; y todo asentado sobre un temperamento emocional, que llega a las cosas y las hace suyas, si producen en el alma un movimiento de emoción estética...

«Si por alguna razón (escribe siempre en el prólogo que hoy tiene algo de testamento) me creo identificado con la ciencia de la jurisprudencia, es por haber llegado a ella por la senda de la emoción, ante la contemplación de la belleza inmanente en todo concepto de justicia. En las definiciones clásicas, y modernas, de esta eterna palabra, se presiente como un vago perfume de belleza al reconocer que un átomo de esa substancia, ya denominada *eto*, unidad orgánica espiritual de ética y estética, entra en la composición del concepto de *Justicia*...

Místico y humano

Y así era el hombre en las raíces profundas de lo inconsciente, de lo que se trae de la vida: un temperamento místico, doblemente místico, de sensibilidad aguda y fina, que se revelaba sólo bajo la acción atractiva e impulsora de la emoción estética. Místico y activo, enamorado de un ideal estético, pronto a la emoción y bajo ella a la acción.

Y al ser así, en su ser íntimo, Joaquín González, explícense bien—con explicación lógica a la vez que natural—sus posiciones frente a los misteriosos y hondos problemas del ser y del vivir del hombre, y de los hombres formando la humanidad terrena, y del más allá de lo humano.

Eran siempre las posiciones de este delicado espíritu, con vistas amplísimas, de valor universal: hacia adentro, con raigambre dispersa por las capas íntimas del ser del hombre y hacia fuera en el mundo natural y social: vistas las últimas como las del águila que remontase los Andes o tendiera sus alas sobre las interminables llanuras pampeanas.

Para González, el hombre que penetra en lo íntimo, libre y sinceramente, sentirá latir, bajo la endeble construcción de su ser concreto, la unidad esencial del hombre—cable hacia lo absoluto. Que todos, queramos o no, somos «el hombre», y además este individuo mortal, efímero, interino, sostén de pasiones y limitado de mil trágicos modos. Y asentado cada cual—obra de educación—en el hombre íntimo, en su unidad esencial, reflejo de lo absoluto, se proyectará hacia afuera y estará, entonces, más capacitado para sentir, ver e interpretar la unidad orgánica de la naturaleza y de los mundos, y, como exigencia ético-estética, se le impondrá un ideal de universal armonía entre hombres y entre naciones y razas.

Unidad esencial íntima del hombre, unidad orgánica en la naturaleza, armonía y paz entre los hombres de buena voluntad: he ahí las esencias filosóficas del pensamiento de Joaquín González.

Oigámosle ahora:

«No hay un santuario fijo, ni cirios sagrados, ni trajes o ceremonial preestablecido, para dar salida a la plegaria que nace en el alma y brota en los labios con la íntima e intraducible emoción de la contemplación divina por la visión interior...»

¡La visión interior! El camino firme y seguro, para encontrarnos todos y entendernos todos. Mirando hacia adentro, sería posible la unidad moral que González señala de este soberbio modo.

»¿Por qué,—pregunta—no sería po-

sible construir la unidad moral del género humano por la inteligencia, y la fusión, en lo esencial que le es común, de las religiones que hoy se dividen el imperio de las conciencias?

»La división no nace de lo íntimo que dignifica y eleva: viene de fuera, de lo limitado e histórico.

»... al recordar, continúa, cuánto, se cambian esos conceptos esenciales al tocar la esfera de la «realización», de la «acción» y de la «ejecución», y cuántas guerras ha engendrado la tentativa, me sonrío y paso a soñar de nuevo como convencido de un imposible humano. No lo han conseguido Confucio, Budha, Zoroastro, Jesucristo, Mahoma... Pero—reacciona el pensador poeta—pero ahí está la realidad ideal de la identidad de doctrinas, creencias y deducciones morales para la conducta, probando que el elemento de la gran «conciliación» futura existe intacto en la base, en el alma de las filosofías maternas—índica, helénica, cristiana, islámica—y que lo único que se opone a su advenimiento es una fatalidad histórica, hasta hoy no destruída, pero no indestructible».

Mas la suprema conciliación—no lo olvidemos—para no ser efímera o engañosa, u obra de siniestras hipocresías, tiene que venir de «adentro», de lo más hondo del alma humana, de aquella región en que el hombre libre, al encontrarse, siente el soplo divino de lo absoluto. «El misticismo, dice González, entendido en su alta significación de «estado» mental ascendente hacia la realización ideal, es una región de conciliación, a su vez, de los espíritus de las más diversas confesiones dogmáticas o formales. Al emprender el vuelo ascensional hacia el infinito—que es para mí y pienso que para González caminar hacia «adentro»—todos ellos rompen sus ligaduras y, como pájaros que llevasen en sus picos, alas o pies, polvo o briznas del suelo de donde se alzaron, todos cantan y cuentan el mismo sueño extático»...

Todos cantan su canto, que es canto en todos, y, al elevarlo como efuvio íntimo hacia lo alto, todos hacen lo

mismo, todos coinciden en idéntico entusiasmo.

Y hay, en efecto, momentos—afirma González—en que «no se podría distinguir una página de Kabir o de Tagore, de San Juan de la Cruz o de Fray Luis de León».

Política de amor

La filosofía de González podría sintetizarse o definirse como una filosofía política del amor—íntimo o de lo íntimo: del amor a la naturaleza, del amor como ley fundamental del hombre en la humanidad y del amor divino.

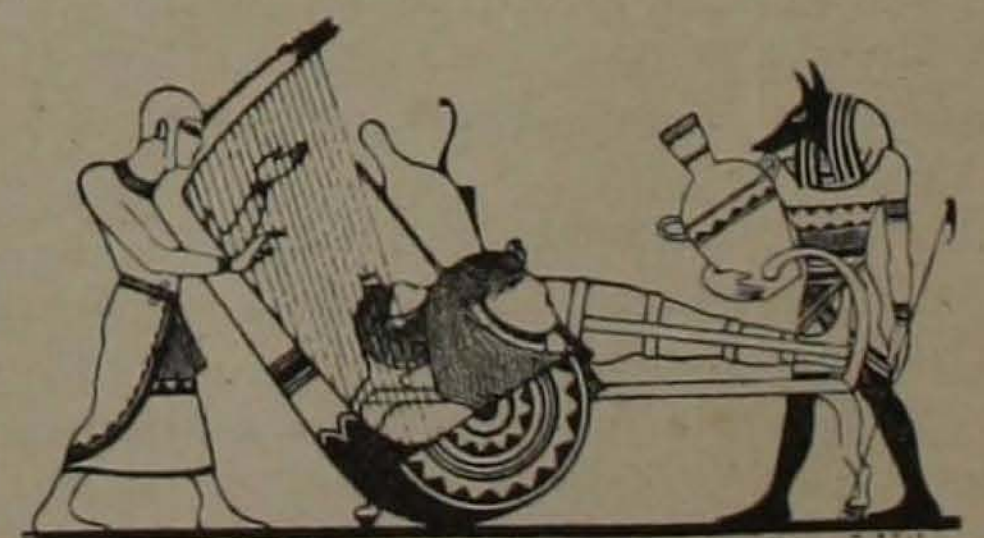
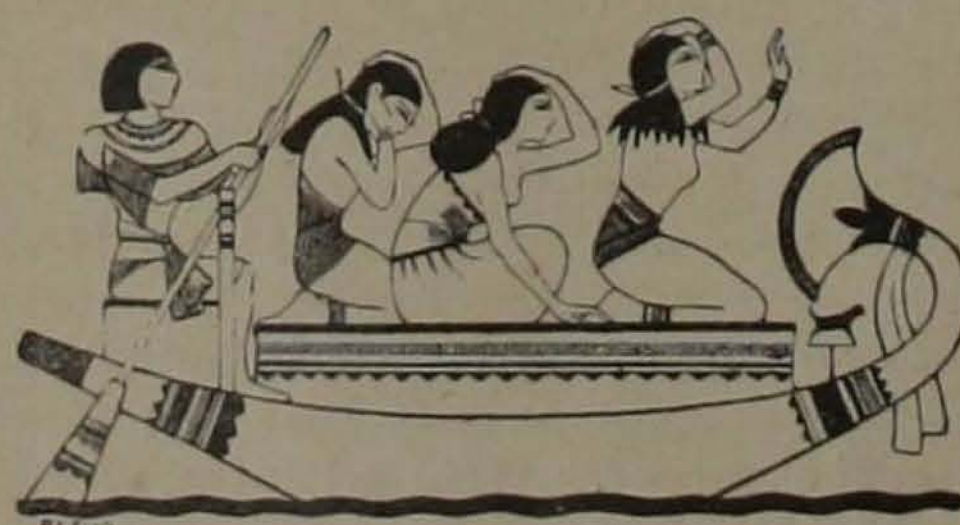
Y no se revela esta noble pasión sólo en las amplias concepciones del filósofo poeta. El ideal de amor lo opone González concretamente, como reacción positiva, contra las negaciones históricas del espíritu de armonía, de paz y de tolerancia, contra las manifestaciones del odio, que advierte cerca de sí. «Desde que yo he comenzado, dice, a estudiar los problemas más íntimos de nuestra nacionalidad, arrancados del corazón de la historia, he adquirido la convicción de que el odio en ella se revela con los caracteres de una ley histórica...» En el *Juicio del siglo* se decidió el pensador a anunciar el postulado del odio como agente de tantas grandes tristezas de la centuria cumplida en 1910. Y desde entonces, enardecido su espíritu, inclinóse con más pasión por cuanto inspira y conduce a la concordancia, a la benevolencia, a la tolerancia, entre los hombres, y más si pertenecen a una sola nación». Y «lo vengo predicando en todas las formas».

Y yo estimo que el momento en que esa noble propaganda en pro de la paz y del amor, de la armonía entre todos los hombres, y entre todos los pueblos, alcanza su más alta significación y su mayor intensidad, es el de este magnífico prólogo, en el que el llorado amigo puso, con la más noble sinceridad, lo más noble de su alma.

ADOLFO POSADA

(*La Nación*, Buenos Aires).

NOTA: Véase el núm. 7 del *Repertorio Americano*, tomo en curso.



LA CHUÑA, un cuento de BENITO LYNCH



BENITO LYNCH es uno de los novelistas y cuentistas argentinos de personalidad más acentuada y característica. De un realismo vigoroso, sus obras cautivan por lo fuerte y pintoresco de las descripciones, por la emoción que alcanzan a sugerir con la más sobria y artística simplicidad de procedimientos, por el estilo espontáneo y rico y el acierto en la elección de asuntos, siempre adecuados a las aptitudes especiales del autor.

Su novela *Los Caranchos de la Florida* (1916), publicada por la Biblioteca de LA NACIÓN, le impuso rotundamente en el ambiente literario rioplatense. Hay en esa novela páginas que han sido juzgadas magistrales. Antes había publicado el Sr. Lynch, *Plata Dorada* (1909). Posteriormente ha escrito *Raquela* (1918), *La evasión* (colección de cuentos) y *Las mal llamadas* (novela).

través, debajo de los cueros estaqueados para dar caída a las aguas pluviales, suspende el movimiento para reírse:

—¡Ta-ta-tá!... ¡Tu deber!... ¡No seas zana-horia, ni me creas tan otario!... ¡Tu deber!... ¿Ya no te acuerdas de aquella vez en que lloraste tanto, que mamá no sabía cómo consolarte, porque *el viejo*, en un apuro, hizo que Ceferino montase en el roano para ir hasta la pulpería?...

Mario se enoja de veras:

—¡No seas imbécil!... ¿quieres?... Yo era un chico entonces y no tenía como ahora... quince años sobre el alma...

Pero Leo que a la sazón desenvuelve y extiende sobre el suelo, con bruscos tirones, la faz interior y sangrienta de un gran cuero rosillo, torna a replicarle con mofa:

—¡Quince años!... ¡Quince patadas en la barriga, debería darte tu matungo, por inconsecuente y por ingrato! ¿Y el año pasado?... ¿Y este mismo año, este mismo invierno no más?... ¿No te acuerdas ya, cuando *el viejo* le quiso prestar el burro a aquel señor Haldaverde o Haldamacana, que vino de Buenos Aires?... ¡Ah, ah! ¿No te acordás del escándalo que armaste?... ¿No te acordás? ¡A ver, decí!...

Mario mira por un instante a su hermano

CUANDO Mario, con las manos en los bolsillos, la espalda agobiada y arrastrando mucho los pies, se presenta en el sitio en donde bajo el sol de fuego y los remolinos del viento recio, Leo, su hermano menor, se ocupa en estaquear cueros vacunos, éste levanta la cabeza cubierta por un gran sombrero de paja y le dice entre burlón y jactancioso:

—¡Mirá que líneas che!... ¡Modelo de tipo embarque!...

—¡Ah, ah!...

Y en seguida y a tiempo que pone un pie sobre una de las pieles que aún están sin estaquear y que parecen grandes piezas de felpa amontonadas en el suelo, Mario constata lánguidamente:

—Trajeron más...

—¡Y cómo te va!... Trajeron siete... ¿No ves?... Tres estaqueados y éste cuatro y ese yaguané y aquel bayito y ese otro donde tenés la pata... Total: ¡Siete!...

Y sin soltar la maceta con que golpea, el niño se pasa el dorso de una mano por la frente sudorosa y congestionada por el bochorno y añade con una sonrisa escéptica:

—Ya ves... Cuatro vacas y tres novillos gordos ahogados en el jagüel, por no haber querido *El Viejo* que pusieran el alambre allí donde vuelca la manga... ¡Palabra que me alegraría si hoy después del *aparte* se le tirara al jagüel todo el rodeo!...

Pero como Mario, siempre con un pie sobre el cuero y la mirada perdida en las lejanías polvorosas del horizonte, no le contesta ni tan siquiera parece escucharle, su hermano, quizá resentido, cambia bruscamente de tono y de tema y le dice casi agresivo:

—¡Ah!... Me dijo Aguilera que has dado tu consentimiento para que echen a trabajar *el roano* en el rodeo... ¿Es cierto?...

Mario saca el pie de sobre el cuero y se pone a rascarse con gesto dolorido cierta comezón de *bichos colorados* que siente en una pierna.

—Sí... —dice con indiferencia— Me lo pidió don Frutos... No hay caballos. Vos sabés que con estos trabajos tan fuertes, toda la mancarronada se ha deshecho y el roano en cambio está demasiado gordo...

Leo meneaba la cabeza:

—¡Está bueno!

—¿El que está bueno?

—¡Caray!... ¡Eso!... Esa conformidad tuya, esa facilidad con que te has resignado esta vez a prestar tu caballo, vos que te hubieras hecho matar en otro tiempo, antes de consentir que otro...

Mario se incomoda:

—¡Oh!... ¡Déjate de decir pavadas!—gruñe— ¿O te pensás que uno es siempre un chico?... Papá también ha dicho que faltan caballos y mi deber es ayudarlo en todo...

Leo, que en este momento se dispone a introducir el medio poste que se coloca de

y después replica categórico, avanzando despectivo el labio bello:

—¡Idiota!... el señor aquél era un maturrango y yo no estaba para que me lastimara el caballo del lomo.

Pero Leo no se convence:

—¡Salí!... ¡Salí! ¿Y ahora sabés quién lo va a ensillar, no?... ¡Qué vas a saber!... ¡No mananiés!... ¡Y mirá que día, tan luego para un aparte de novillos! ¡Quién sabe a qué bestia se lo habrá dao a ensillar tu don *Fruta*!... ¡Pobre roano!... ¡Pobre sotreta!... ¡Ya me parece verlo volver con una matadura desde la cruz hasta la cola, y las verijas como picadillo a pura punta de espuela!... ¡Ja! ¡Ja!

Y al ver que Mario se alza de hombros despectivo, Leo agrega en seguida con viveza:

—¡Sí, sí!... ¡Encójete de hombros no más; encójete como pata asada!... Ya sé que ahora no importa, que ahora no te importa ninguna de las cosas que antes te importaban. Con razón dice *el viejo* que estás hecho un habieca y con razón estaqueaste tan bien el otro día, el cuero aquél, del toro *embi-chao* que se murió en la laguna...

Mario ofendido, contrae el ceño y dice conteniéndose con esfuerzo:

—¿Qué tenía el cuero? ¡Desgraciado!... ¿Querés decirme?...

Y Leo le explica con voz meliflua:

—Tenía, *ilustrísimo señor*, que estaba todo torcido y con unas bolsas en vez de pliegues, como para que se pudriera, tan sólo con la humedad del rocío... ¡Eso tenía, *Excelencia*!...

—¡Oh no seas estúpido!... ¡Qué sabés vos de cueros!...

—Es verdad, *señor Príncipe*... Sé tampoco que *el viejo* me mandó estaquearlo de nuevo, después de decir que *Vuestra Alteza*, «no servía ni para ir a ver quién venía»,... ¡Ja, ja!...

—¡Calláte! ¡Mocosol!... ¡Maturrango!... que te volteó *el Colorado*...

—Me volteará *el Colorado*, pero no ando haciendo papelones detrás de *La Chuña*...

Mario se pone pálido:

—Mirá Leo!... ¡Ya te he dicho que no la llames así a Zunilda, porque te voy a romper el alma!...

—¿Y acaso no es cierto?

—¿No es cierto el qué?...

—¿Que tienes la nariz *así*, quebrada, como el pico de las chuñas?

—¿Y a vos qué te importa como la tenga?... ¡Tan linda que la tendrá el imbécil!...

—No sé cómo la tendré, pero no hago el *inamorato*, ni los gauchos se ríen de mí, cuando voy a la pulpería.

—¿Y quién se ríe de mí, estúpido? ¡A ver, decíme!...

Leo, que no deja de trabajar mientras discute y que en ese momento clava la estaca de cola, que es como se sabe, uno de los

(Pasa a la página 333).

El espejo del visitante

ACABA de pasar unos días en España uno de los más prestigiosos escritores de América, bien conocido también en Europa, singularmente en Francia, en cuya lengua escribió hace años un sonado libro sobre las democracias hispano americanas: el peruano Francisco García Calderón. Hacía mucho tiempo que no visitaba a nuestro país, y hombre versado como pocos en la producción intelectual de la Europa contemporánea, deseaba conocer también la nuestra presente. Francisco García Calderón es un curioso viajero, siempre vivaz y sutil, por el mundo de la idea. ¿Qué piensan los españoles más reputados? ¿Qué piensan unos de otros? Vuelve cargado de libros e impresiones personales. Pero mientras se informaba de nosotros contribuía con sus preguntas y comentarios a informarnos sobre nosotros mismos, como un espejo animado y cambiante, donde la imagen del mundo intelectual español unas veces era risueña y otras desapacible. Lo que no quiere decir que la imagen de España que a través de él veíamos fuese la misma que él contemplaba. No lo haremos, pues, responsable de las reflexiones que sus reflexiones nos han suscitado.

Uno de los fenómenos que primero y más gratamente sorprendieron a García Calderón fué la Prensa diaria, no sólo por hallarla muy modernizada en sus componentes fundamentales, como es la tipografía y la información de sucesos, interiores y exteriores, sino también por el hecho de que por sus columnas desfilaran cotidianamente las firmas más notorias de la república de las letras. El fenómeno es casi único en Europa, donde en la mayoría de los países el periodismo se ha ido diferenciando más y más de las otras actividades literarias, hasta formar una variedad aparte e inconfundible. En la prensa europea, en general, sólo por excepción, irregularmente, colabora un novelista, un dramaturgo, un poeta, un profesor universitario. Alejados del gran público de los periódicos diarios, se concentran en su obra o a lo sumo se refugian en la revista semanal o mensual de tipo más especializado. La falta de revistas en España y la escasa remuneración del libro obligan al es-

critor a acogerse a la Prensa diaria, para comentar lo mismo el efímero suceso de la víspera que un abstruso tema de filosofía. Todos los escritores españoles son periodistas en mayor o menor grado y con más o menos fortuna, y los que no lo son, rara vez son tampoco otra cosa. Los temperamentos intelectualmente más aristocráticos, los sedicentes como los que

recta, y su obra está llena de soluciones de continuidad y con frecuencia de contradicciones y puerilidades. No sólo los libros de pensamiento, compuestos en una gran parte con artículos de periódico, sino los artículos mismos, rara vez están trazados conforme a una línea compleja, con planos y volúmenes, arquitectónicamente. Acaso esta forma periodística del pensamiento español contemporáneo corresponda a una modalidad arraigada de la raza; al escaso interés que los españoles sienten y han sentido siempre por las ideas puras. El nuestro ha sido un pueblo de obras y de imágenes, de acción y de representaciones artísticas. El conocimiento por el tenaz ejercicio de la razón y la experiencia ha tenido siempre escasos cultivadores aquí. No somos un pueblo de filósofos, sino de místicos, aventureros y artistas: intuitivos en la conducta y en el conocer. Temo que García Calderón se haya ido un poco desilusionado de las aportaciones de los españoles contemporáneos al tesoro universal de las ideas. Hasta al adaptar las ajenas preferimos habitualmente las menos fecundas o más pintorescas y novelescas, la rareza o la moda más que la profundidad; recuérdese el episodio intelectual del krausismo, que, con esta o la otra diversidad, se renueva cada día.

Otra impresión que, si no me equivoco, se lleva García Calderón es que en España los llamados intelectuales viven en un espléndido aislamiento recíproco, cada uno creyéndose un semidiós, rodeado de débiles de la mente, exceptuados los amigos y admiradores incondicionales. No se atribuya todo a vanidad literaria. Si los escritores españoles apenas se leen unos a otros, y si rara vez se reconocen ningún valor positivo, hay seguramente en ello algo más que rivalidades profesionales, comunes a todos los hombres y latitudes. Esta desestimación mutua, ni siquiera velada, proviene tal vez de una característica propia de los españoles de nuestro tiempo. Aludo al poderoso desarrollo del sentido crítico de nuestros contemporáneos, sobre todo si se les compara con los del pasado siglo.

(Pasa a la página 336).



FRANCISCO GARCIA CALDERON

(Retrato por VÁZQUEZ DÍAZ).

(Mundial Magazine, París, 1924).

lo son de hecho, no desdeñan esta democracia del periodismo, y los que fingen desdeñarla recuerdan a aquellos otros que abominan de la democracia política después de una o varias derrotas electorales. Recuerdan también la zorra y las uvas de la fábula.

Esta democratización de los escritores españoles puede ser un bien inmediato para el público, que a poco costo y con poco esfuerzo mantiene un comercio constante con ellos. Pero se resiente por necesidad la arquitectura de la obra del escritor. Forzado a escribir a diario, y casi siempre improvisada y rápidamente, su producción es inconexa y fragmentaria, sin estructura orgánica. Suele pensar en línea

José Ortega y Gasset

HACE unos años, en un rincón de los Pirineos aragoneses, a propósito de un comentario mío a una crítica de Ortega y Gasset, díjome Unamuno:

—Aunque otra cosa crea de sí mismo Ortega, no es un filósofo. No es más que un poeta.

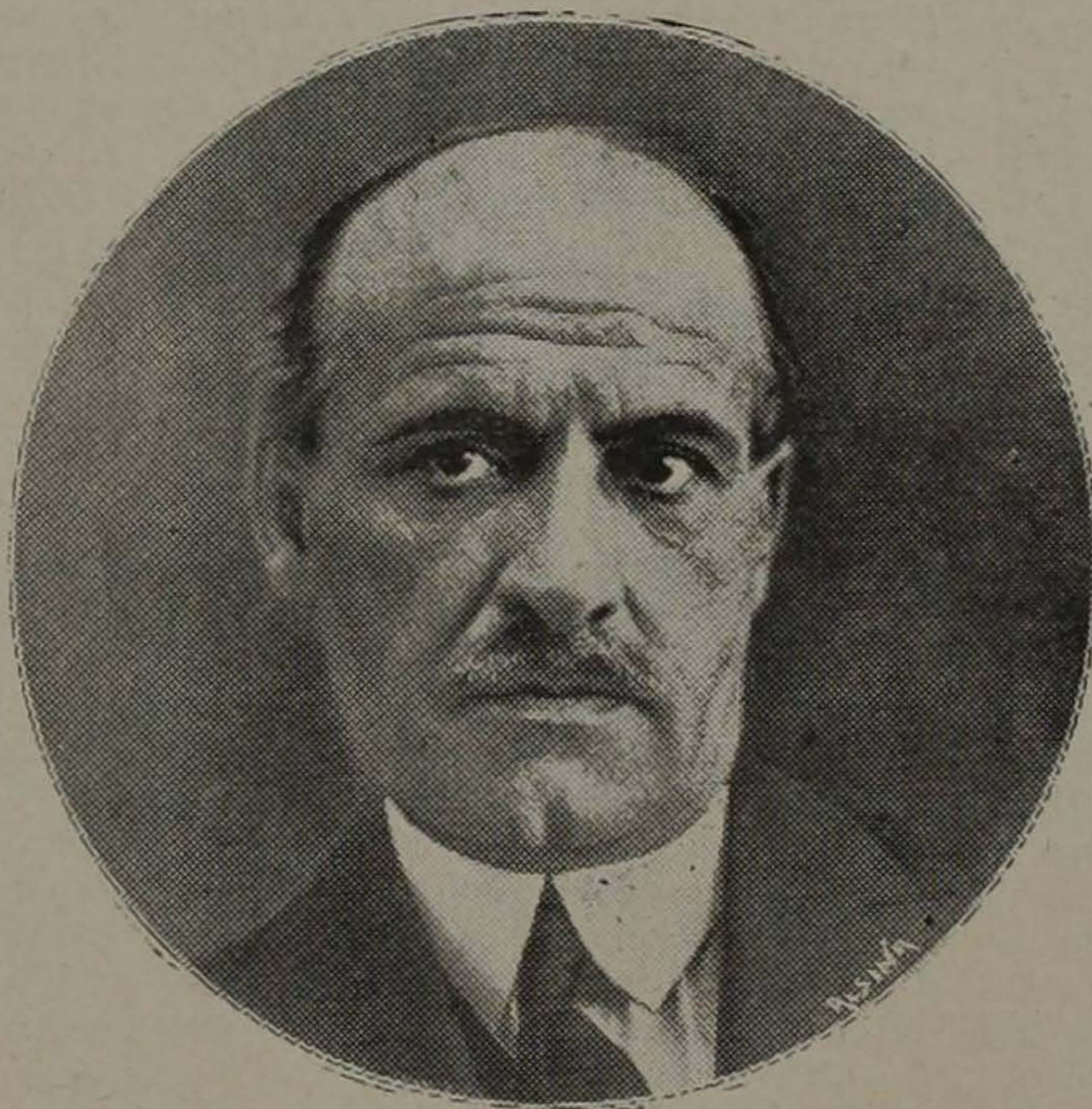
El tono, más que la opinión, dejome atónito. Sin recurrir a la sobada interpretación de la palabra vate, me bastó para escandalizarme aquella sentencia advertir que el insigne catedrático de Salamanca no recordaba que la poesía y el arte secundan y avaloran la investigación científica. Me sobrecogió el estrecho concepto que Unamuno demostraba del filósofo y del poeta, como si ambos pudiesen ser persona distinta, olvidando aquella frase de Mazzini, que parece emitida presintiendo a Ortega y Gasset: el escritor europeo digno de tal nombre será un filósofo que llevará en la mano la lira del poeta.

Por ser Ortega y Gasset el anunciado por Mazzini, ha triunfado recientemente en París, con su estudio acerca del novelista Marcel Proust — cuya publicación en la *Nouvelle Revue Française* ha constituido un acontecimiento literario en Francia—, y ha sido tan rotunda su victoria, que muchos y altos ingenios extranjeros, como el ilustre Paul Desjardins, le consideran el primer crítico de nuestro tiempo.

Sin embargo, Ortega y Gasset es bastante más que el primero: un crítico novísimo, único, original por su técnica y por su estilo. Pensador y artista, filósofo y esteta, es mucho más: un momento culminante del pensamiento universal, el genio en el cual las dos corrientes seculares de lo verdadero y de lo bello casan sus ondas luminosas para formar el río grandioso de la idea radiante y consoladora.

Hasta él, la crítica española obedecía en su elaboración a la influencia francesa—no se sustrajo a ella ni el coloso Menéndez y Pelayo—, que en los últimos tiempos puede clasificarse en dos ramas principales: la de Saint-Beuve o escuela impresionista y la de Brunetière, que erige al crítico en juez

y al publicista en un procesado, por cuya obra ha de fallarse si ha faltado a normas más convencionales que rigurosamente científicas, y que alguna vez definió también así el jefe de la misma escuela: «Un zarzal a lo largo de un camino: cada cordero que pasa deja un vellón entre sus espinas». Modos ambos de crítica que han sido



DON JOSÉ ORTEGA Y GASSET

desde Boileau, tal vez desde más atrás, el alma de la literatura francesa. Ortega y Gasset la ha revolucionado con su procedimiento científico en indicar la conveniencia del cual, aunque sin concretarlo, le precedió Brunetière; y no trato con esto de restarle mérito a nuestro gran polígrafo, pues sabido es que en nada y menos en literatura se da la generación espontánea, y que muy cierta la frase que titula una novela de Blasco Ibáñez, *Los muertos mandan*, debía substituirse por la de «nos guían y nos inspiran», y ya la emitieron análoga Augusto Comte, al afirmar que la Humanidad se compone de más muertos que vivos, y Nisard, al decir que lo más vivo en lo presente es lo pasado...

Psicología de las más complejas, de las más apasionadamente interesantes, por ser quizá la más representativa del espíritu de selección del presente primer cuarto de siglo, atraíame hace tiempo con extraordinaria fuerza, y, sin embargo, mi admiración a su genio

acortaba las alas a mi curiosidad. Añádase que es el hombre menos propicio a la *interview*, pues solamente se ha prestado a dos en toda su vida —una en Buenos Aires y otra ahora, y Dios y yo sabemos a costa de cuánta insistencia y con cuán poco fruto—y se comprenderá que no haya dado antes confesión o semblanza suya en esta galería de «Domadores del éxito», y aun ahora sospecho que el excelso pensador me tiene por el *intervieweur* más informal, de más cortos alcances, menos recursos y de mayor poquedad de ánimo, tal vez porque él, tan comprensivo, no comprenda en este caso que la admiración sincera como el amor—quizá una y otro no sean sino una misma cosa—se aturde en presencia de la persona que la inspira, y así la mía temió molestarle, profundizando demasiado en su espíritu, con preguntas, e interpretar luego equivocadamente mis buceos, accidente muy posible, sobre todo tratándose de un alma que si por su superioridad impone la necesidad de escrutarla, por retráctil, por casi siempre cerrada, no deja más medio de satisfacerla que el análisis más minucioso, la ob-

servación exterior más atenta, si se quiere sorprender sus secretos más esenciales. En tales condiciones no es tarea fácil una *interview*. Los datos biográficos por él facilitados caben en media cuartilla, y no revelan luchas novelescas para saciar la curiosidad vulgar. Las dignas de conocerse, cual todas las de mentalidades de su alcurnia, son las de su vida interior, las que pocos descubren.

—Nací en Mayo de 1883—comenzó, contestando a mis preguntas—en Madrid. Hice mis primeros estudios en el Colegio de los Jesuitas de El Palo (Málaga) hasta los doce años.

—Y en su infancia, ¿no escribió nada?

—En primer lugar, mi labor literaria ha ocupado solamente los rincones de mi vida. Me gustó más siempre meditar que escribir. El torso de mi vida está dedicado a la investigación científica que tiene su cauce en la labor universitaria y que luego se condensará en libros. Digo esto para que

no le extrañe lo poco precoz de mi labor. Lo primera que escribí fué una cosa de tipo ideológico. A los once años aprendí griego, bajo la enseñanza del padre Gonzalo Coloma, hermano del célebre autor de *Pequeñeces*.

—¿Cómo era usted de niño?—le pregunté.

Quedóse un punto pensativo, cual si no lo recordase o no creyese, muy procedente la pregunta, y contestó sin darle importancia a la respuesta lacónica:

—Inquieto y un poco ruidoso, pero dócil. Mi mayor voluptuosidad ha sido la de sujetarme a normas.

—¿Le han gustado las corridas de toros?

—Sí, señor. Y he sido taurófilo hasta el año 1903. No faltaba a ninguna corrida con mi padre, y he visto torear a *Currito*, *Lagartijo*, *Frascueto* y a todos los toreros mas famosos de aquella época. Ningún aspecto de la vida española me es desconocido ni me fué indiferente.

—¿A qué edad empezó usted sus estudios universitarios?

—A los trece años, en que me recibí de bachiller. Estudié el primer curso de la carrera de Filosofía y Letras, con los Jesuitas, en Deusto, y luego en Madrid como alumno libre, y casi sin contacto alguno con la Universidad. Me doctoré a los diez y nueve años.

—¿Qué tema eligió usted para la Memoria del doctorado?

—Una cosa fantástica sobre los terrores del año mil... Luego dí lecciones en colegios particulares, hasta los veintidós años, en que me fué a Alemania, viaje que me fué muy útil, porque allí se realizaba la integración de la educación alemana con la mediterránea, que tiende, ante todo, a la precisión del concepto y tiene un sentido más cósmico de las cosas que el latino, demasiado político.

—¿Cuándo y dónde se estrenó usted como escritor?

—En 1908, en *Blanco y Negro*, en un artículo sobre las ermitas de Córdoba, y luego publiqué algunos artículos en *El Imparcial*, producción bien escasa, por cierto. Ya le he dicho que me gusta más que escribir, meditar...

—¿Qué otros empeños periodísticos quiere usted que contemos?

—En 1908 fundé, con mi tío Ramón Gasset y con Rengifo, la revista *Faro*, y en 1915, con Ruiz Castillo...

—Cultísimo editor y cumplido caballero—agregué yo con asentimiento suyo—y devotísimo admirador de usted.

—Y con García Bilbao, *España*, periódico como el anterior, esencialmente político, entendiéndolo por político no solamente lo contrario del parti-

darismo, con el fin de ir contra la servidumbre, contra la esclavitud que imponen las ideologías, es decir, contra el fanatismo. Pretendíamos que la política fuese, ante todo, hacerse cargo del pensamiento histórico español. En ambos empeños fracasé...

Al enviar a *La Esfera* esta *interview*, celebrada cuando los políticos del régimen que llaman viejo no sospechaban el nublado que se les venía encima, me pregunto si el alzamiento militar que los aniquiló a impulsos de un anhelo renovador, la tranquilidad general con que ha sido acogido y los propósitos que se atribuyen al Directorio no serán el principio de la fructificación de aquella semilla política lanzada por Ortega y Gasset y demás intelectuales que le siguen en mérito y en idealidad patriótica, en *Faro* y en *España*. Si lo es, se equivocó el insigne pensador al decirme que había fracasado en los empeños ideales que acometían aquellas revistas.

—Después—continuó Ortega—he cooperado a la fundación de *El Sol*, el ensayo más honesto que se ha hecho de la creación de un gran diario: durante los tres años que yo intervine en él, ni un sólo instante se nos fué a la mano la empresa capitalista por lo que hiciésemos o dejásemos de hacer.

—Dejé *El Sol*—continuó Ortega—porque ví que le concitaba en contra la hostilidad de los Poderes públicos manejados por manos privadas. Cuando lo dejé había alcanzado una tirada de ciento veinte mil ejemplares a los dos años de vida.

Este éxito pregona lo que algunos envidiosos de los muchos méritos de este excepcional varón ignoran o fingen ignorar: que Ortega y Gasset es un verdadero maestro del periodismo.

—En 1909—prosiguió, contestando a mis preguntas—fué nombrado profesor de la Escuela Superior del Magisterio, y en 1911 gané por oposición la cátedra de metafísica de la Universidad Central.

Modesto en demasía, callábase el definitivo triunfo de su viaje a la Argentina, en 1916, invitado reiteradamente por la Institución Cultural Española. En la Universidad de Buenos Aires dió un curso de filosofía, que tuvo mucha resonancia y trascendencia. Tampoco me habló de sus éxitos como conferenciante, de cuyo mérito da idea el hecho de ser el predilecto de las mujeres. Y es que tiene, como cuando escribe el estilo «hablado», en el cual como en sus obras impresas, se ve el sentimiento o la idea, más que brotados de sus labios, arrancados a nuestra mente o a nuestro propio corazón, cual tesoro cuya posesión ignorásemos, y que un maravilloso taumaturgo fuese sacando de nuestro yo, con la ventaja sobre aquél de que

en vez de sorprendernos de haber llevado ignorada tal riqueza ideológica o sentimental, nos parece naturalísimo el hallazgo, y hasta nos convencemos de que no pudimos pensar o sentir de otra manera. En sus conferencias, como en el resto de su labor, se ve surgir la idea fluidamente, desarrollarse con todos los accidentes que la animan, la varían, la completan o la restringen; engalanarse, prolongarse, replegarse sobre sí misma; florecer en melancolías, en esperanzas, en pesimismo, en ilusiones, en alegrías, en escrúpulos, en temores y en pesares hasta alcanzar su límite, que es la plenitud esplendorosa del ánimo oyente, y así se explica que haya hecho amable la Metafísica y que a su cátedra acudan no pocos oyentes sin ser estudiantes. Las aristas de su estilo inimitable, porque es el más personal de todos, reproducen la imagen, no solamente al través de su alma, sino haciéndonos creer también que de la nuestra, y para humanizarse más, para hacerse más amable, para atraer y cautivar más fuertemente nuestra atención, recurre a ingeniosos trucos que, supremo artista al fin, sóbranse variados y sugestivos, como aquel de vacilar de pronto, cortarse, dejarnos anhelantes, levantar la mirada hacia algo invisible para nosotros, y la mano abierta, a modo de niño al acecho de un insecto, como si persiguiera el vuelo de una idea que mariposeante le huyese, y a la postre, describiendo con la mano un rápido movimiento de segador, cerrarla cual si la hubiese cazado ya, y proseguir su discurso, mientras nuestro espíritu descarga la expectación en un suspiro de gozo... En tales trances, me ha recordado aquel otro atrevido truco de Brunetiére en una conferencia, después de leer—como él sabía—la célebre invocación a la Belleza, que es la última estrofa de *Hypatie*, de Leconte de Lisle: tras de hacer estallar el más cerrado aplauso, dejó estupefacto a su ensimismado auditorio, replicándole con semblante impasible:

—No estoy muy conforme que digamos con esto...

El público literario, que—como el taurino—no sabe sentir admiración por un cerebro privilegiado si no va contra otro, coloca frente a frente a Unamuno y a Ortega y Gasset. Por falta de espacio aplazo para *Nuevo Mundo* el esbozar un paralelo entre ambos grandes ingenios, necesario para completar el presente boceto de silueta, y para satisfacción de la curiosidad de aquel público.

—¿Está usted satisfecho del trato que le ha dado la crítica española?—le pregunté.

—No—me dijo con leve amargura—.

(Pasa a la página 333).



LA EDAD DE ORO

30.—Las gaviotas.

Las gaviotas siguen el arado. Cuando éste camina, bajan al surco; cuando se detiene, se levantan en un tumulto de alas y de gritos. Son las aves de los puertos. Caen al agua y surgen llevando en el pico un pececillo palpitante, que sobre su pecho negro brilla al sol como un aderezo. Giran alrededor de las inmóviles velas de los navíos cargados de arena dorada y de frutas bermejas. De los navíos que parecen grandes murciélagos caídos con una ala abierta.

Pero son también las aves de los campos. Y cada mañana vienen de la aurora a seguir el arado silencioso.

Primero son tres, luego diez, luego tantas, que se diría que tiene el arado un dosel de alas. Caen tan suavemente que están en el suelo y tienen todavía las alas abiertas. Pero en el suelo arrastran la lentitud de los cisnes.

Los grandes terrones de gleba húmeda vuelta al sol, están llenos de gusanos. Los hay de todos los matices: los blancos y anillados como rizos de niñas rubias, los rojizos como manchas de herrumbre en el rostro de una estatua. Y todos brillan al modo de piedras preciosas. Entonces las gaviotas se arrojan al surco en tropel y hacen festín.

El hombre del arado se vuelve y hace gritar en el aire el látigo con que apresura los caballos unidos a la herramienta triptolémica.

Las gaviotas se levantan en bandadas, pero pertinaces, vuelven a caer sobre la tierra que empieza a exhalar un humo sutil en los rayos del sol.

Como se ara un campo que fué de batalla, a veces el arado rompe la espalda verde de un guerrero muerto. Entonces el labrador, sin asombrarse del horrible hallazgo, cruza las manos sobre el pecho y reza.

La paz campesina es también como una plegaria recitada sin cesar sobre los corazones sencillos.

Aun no se ha dado vuelta y ya las gaviotas se arrojan sobre el soldado muerto. Tiene un pueblo entero de gusanos palpitando en el flanco. Y son tan menuditos que parecen dientes de niño. Las gaviotas hacen fiesta. Caen unas sobre otras como las hojas que el viento amontona en los rincones de los jardines.

Una gaviota dice:

—Es un hombre, lo sé. El del arado debe tener como éste, muchos, muchísimos gusanos. ¿Lo asaltaremos?

—No, dice otra, este es un muerto. Ved qué silencioso

está. El hombre del arado no tiene gusanos: le he oído cantar.

Sí, la gaviota ha oído la plegaria del labrador.

ENRIQUE BANCHS.

(El Monitor de la Educación Común, Buenos Aires).

31.—Las flores

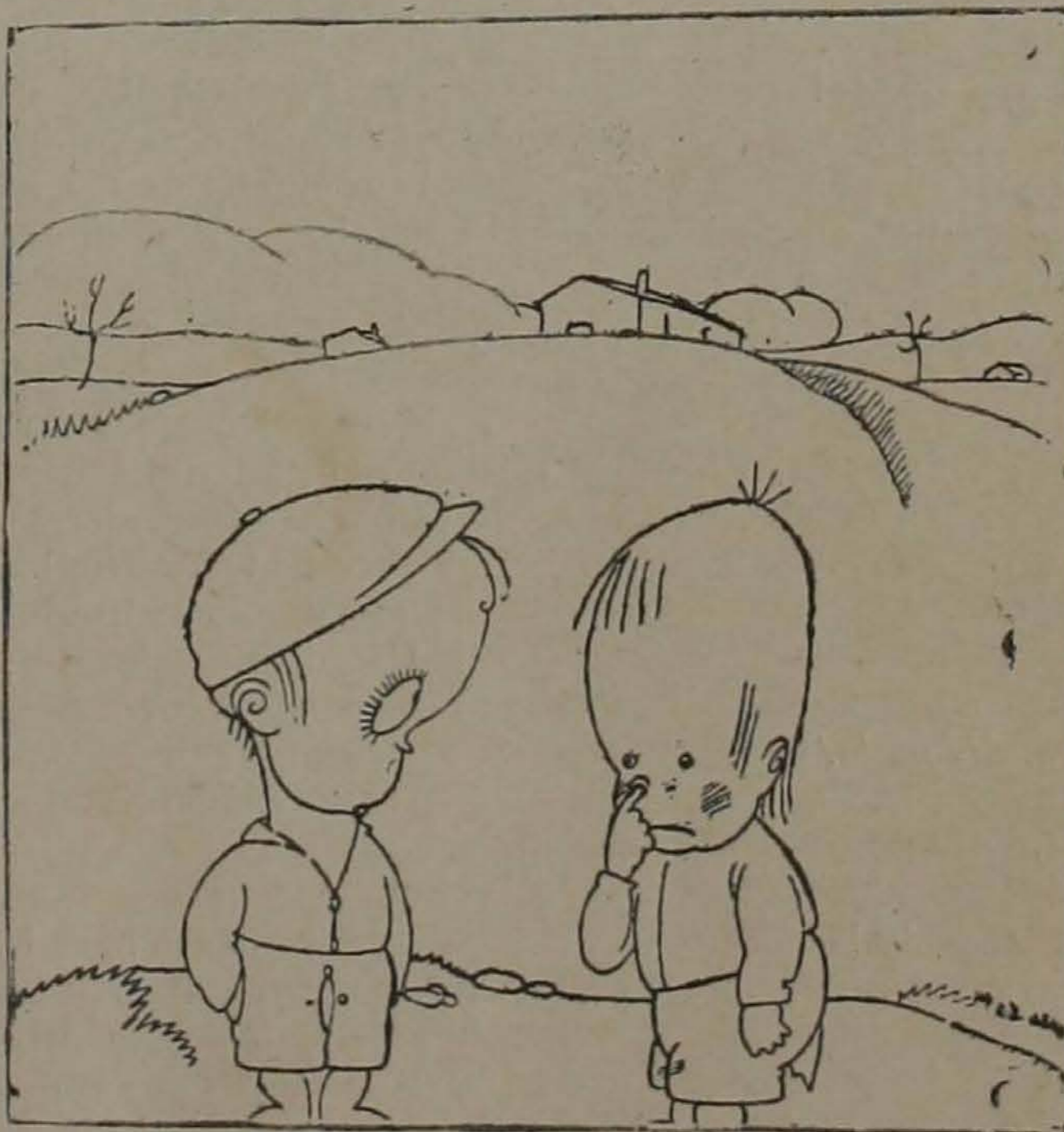
He asistido a una clase de botánica. Uno de los pequeños tenía una hermosa flor, un blanco lirio. El niño decía: —Tiene rizoma carnoso, muchas hojas dispuestas en forma de abanico de color verdeglauco, la flor es blanca con venas azules, el perigonio es corolino, gamopétalo, los estambres están en el tubo del perigonio y ocultos debajo de los estigmas, el gineceo, etc. Y mostraba todas las partes que iba enumerando. Era sin duda uno de los alumnos más aprovechados. Después se habló del lirio azul, *iris germanica*. Pude ver que asistía a una buena clase. Pero, con todo, yo me dije: —Tú la harías tal vez de otro modo; todo no sería rigurosamente científico; mas, aparte, podrías enseñar algo provechoso para el corazón.

Acordáos que el señor Jesús puso también como ejemplo a los lirios del campo y a los pájaros: «Mirad a las ave-citas del cielo que no siembran ni cosechan y a los lirios del campo que no tejen ni hilan». Y dijo lirios para mostrar a todas las flores cuyas espléndidas túnicas (porque así, espléndidas son hasta las de las humildes que se ostentan con puro recato en la maleza) no se han tejido en los telares ni las ha bordado una mano habilidosa. Así tan hermosas se han puesto solas; es decir, la madre tierra les ha dado cuanto necesitaban, y el sol, el aire y el rocío han hecho lo demás. Y no están orgullosas por ir tan bien ataviadas, al contrario, en su inocencia y en su sencilla discreción está su placer.

Sin duda que nadie puede imitar la hermosura de las flores, ni la de uno solo de sus pétalos más humildes, ni con la seda más sutil, ni con el oro más delicado, ni sus colores con las pedrerías del más nítido oriente. Pero yo no digo que estéis lejos, o imposibilitados, de pareceros a ellas. ¿Creéis que las flores tienen alegrías? ¿Por qué no podrían tenerlas? Yo creo que

La única esperanza,

Por Bagaría.



—Ya ves, hay señores que se oponen a que nos hagan jardines para jugar.

—Tendremos que esperar a ser mayores y poder jugar en los casinos.

en las mañanas, cuando el sol se levanta para besarlas, cuando los picaflores beben en sus hojas la diamantina gota de rocío en ellas suspendida, cuando las abejas les llevan el polen que las fecunda, entonces me parece que se sonríen. ¡Y qué bella es esta sonrisa de su inocencia y pureza!

Vosotros podéis imitar la gracia de las flores y hacerlos como las flores, si queréis. Si ponéis a vuestra alma la túnica de los sencillos pensamientos y no turba la paz de vuestro corazón ninguna emoción enojosa, y amáis el sol, la vida apacible sin torcedores deseos ni ambiciones, si vuestra satisfacción la sacáis de vosotros mismos, en verdad os confirmo que os habéis revestido de una túnica tan maravillosa como la de los lirios, tejida con primor en vuestros telares interiores. Yo os aconsejo que obréis como las flores; imitadlas en varios sentidos; ved todas las cosas, oídlas, gustad de ellas, amadlas del mismo modo que hacen estos lirios, y entonces habréis penetrado en el verdadero sentido de la vida y de la Naturaleza, y después de una existencia luminosa para vosotros mismos y para ejemplo de los demás, cuando os llegue vuestra tarde final daréis agradecidos vuestra alma al Señor que os ayudó a hacerla semejante a la de las flores.

(*Dilectos decires*).

A. BÓRQUEZ SOLAR.

32.—Castilla

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.
El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga.

* *

Cerrado está el mesón a piedra y lodo...
Nadie responde. Al pomo de la espada
y al cuento de las picas el postigo
va a ceder... ¡Quema el sol, el aire abrasa!
A los terribles golpes,
de eco ronco, una voz pura, de plata
y de cristal, responde... Hay una niña
muy débil y muy blanca
en el umbral. Es toda
ojos azules y en los ojos lágrimas.
Oro pálido nimba
su carita curiosa y asustada.
—«Buen Cid, pasad... El rey nos dará muerte,
»arruinará la casa,
»y sembrará de sal el pobre campo
que mi padre trabaja...
»Idos. El cielo os colme de venturas...
»*¡En nuestro mal, oh Cid, no ganáis nada!*»
Calla la niña y llora sin gemido...
Un sollozo infantil cruza la escuadra
de feroces guerreros,
y una voz inflexible grita: «¡En marcha!»

* *

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos,
—polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga.

MANUEL MACHADO

(*Poesías escogidas*).

33.—La pena de los libertadores

*Carta de José Martí a su madre,
Dña. Leonor Pérez y Cabrera.*

Montecristi, 25 marzo, 1895.

Madre mía:

Hoy 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje ⁽¹⁾, estoy pensando en usted. Yo sin cesar pienso en usted. Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nació de usted con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

Abraza a mis hermanas y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré yo de usted con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición.

Su

J. MARTÍ.

Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que usted pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca.

(*Obras*, vol. XV).

Carta de Máximo Gómez a María Cabrales, la viuda de Maceo.

Mi buena amiga:

Nuestra antigua amistad, de suyo íntima y cordial, acaba de ser santificada por el vínculo doloroso de una común desgracia. Apenas si encuentro palabras con que expresar a usted la amarga pena y la tristeza inmensa que embriagan mi espíritu. El General Antonio Maceo, ha muerto gloriosamente sobre los campos de batalla el día 7 del mes anterior ⁽²⁾, en San Pedro, Provincia de la Habana. Con la desaparición de ese hombre extraordinario, pierde usted el dulce compañero de su vida, pierdo yo al más ilustre y al más bravo de mis amigos y pierde, en fin, el Ejército Libertador, a la figura más excelsa de la Revolución.

Hay que acatar, mi buena María, los mandamientos irrevocables del Destino. Ha muerto el General Antonio Maceo en el apogeo de una gloria que hombre alguno alcanzó mayor sobre la tierra; y con su caída en el seno de la inmortalidad, lega a su patria un nombre que por sí solo bastaría ante el resto de la Humanidad para salvarla del horroroso estigma de los pueblos oprimidos.

A esta pena se me une, allá en el fondo del alma, la pena cruelísima también de mi Pancho ⁽³⁾, caído junto al cadáver del heroico guerrero y sepultado con él en una misma fosa, como si la Providencia hubiera querido con este hecho, conceder a mi desgracia el triste consuelo de ver unidos en la tumba a dos seres cuyos nombres vivirán eternamente unidos en el fondo de mi corazón.

Usted que es mujer; usted que puede—sin sonrojarse ni sonrojar—entregarse a los inefables desbordes del dolor, llore, llore, María, por ambos, por usted y por mí, ya que a este viejo infeliz no le es dable el privilegio de desahogar sus tristezas íntimas desatándose en un reguero de llanto.

El infortunio hace hermanos. Hágame el favor, María, de creer que fraterniza con usted en toda la amargura de su soledad y de sus sufrimientos.

Su afectívísimo amigo,

M. GÓMEZ.

(A. IRAIZOS:
Lecturas cubanas).

(1) Dos meses más tarde, el aciago 19 de mayo de 1895, en Dos Ríos cayó el arcángel herido de muerte por bala española.

(2) El 7 de diciembre de 1895.

(3) El hijo de Máximo Gómez.

José Ortega y Gasset...

(Viene de la página 330).

Lo triste del escritor aquí es que no se le estudia, que no se le critica. Aquí no hay sino el bombo del amigo y el silencio indiferente de los demás, peor que la hostilidad.

En mis oídos resonaron las palabras de Pascal: *Le silence est la plus grande persecution.*

—El escritor necesita conocer, a través de la crítica, el efecto producido por sus creaciones. Yo le hablo a usted, por ejemplo, pero ignoro la interpretación que hallarán mis palabras en su oído...

Tenía razón. La palabras al llegar al corazón y a la inteligencia del lector, sufren, como las balas al penetrar en el blanco, deformaciones que al literato interesa conocer, para evitarlas en lo sucesivo, de igual modo que al tirador, para afinar la puntería, saber si no hizo diana por llegar cansada la bala o por haberse desviado o por haber él apuntado mal. Pero entre literatos y periodistas españoles es, por desdicha, donde más se padece la teresiana soledad entre la multitud. Nuestros escritores viven así, en una soledad en común, que es, según la hora, la causa de sus más hondas penas o de los errores más cómicos. El muro de vidrio que los separa hace impotentes las buenas voluntades. Su soledad parece en ocasiones un destierro junto a otro destierro. Ni siquiera cambian ideas y viven solamente para sus sensibilidades que no truecan. Allí donde la simpatía no les revela nada, o la menuda envidia les descubre demasiado de los unos a los otros, son extraños entre sí.

—Para concluir — le pregunté —: ¿Cómo fué su salud de ordinario?

—Hasta hace unos años inmejorable. Ahora, bastante mala. Padezco una depresión nerviosa que me preocupa mucho. He trabajado y trabajo demasiado.

No me cogió de nuevas la noticia. Túvele por enfermo en estos últimos tiempos, al través de la depuración de su espíritu. En las enfermedades nerviosas suele darse también el caso de infundir apariencias de salud. De todas suertes, si nuestro afecto desea que cese la — en mi sentir — transitoria indisposición nerviosa de Ortega y Gasset, por el campo de la filosofía o de la poesía superior que para mí vienen a ser una misma cosa, tenemos motivos de grata expectación para su obra futura.

La excitación nerviosa, aquella llama que se designó con el nombre de inspiración, y que los antiguos atribuían a la divinidad — *est Deus in no-*

bis agitante, calescimus illo —, en el escritor de talento, necesita, para ser reanimada, de los soplos diversos que le llegan de su neurosis, y sabido es que hasta la enfermedad puede modificar y aun agudizar la inspiración poética, la artística, la filosófica. Lo cual también constituye una alta lección de filosofía: de nuestra debilidad asciende nuestra gloria, como del hierro enrojecido bajo el martillo del forjador surgen raudales de estrellas luminosas.

Muchas veces las anomalías de un sistema nervioso dan a la expresión de las ideas una ardiente convicción que les hace resplandecer sobre toda una literatura, sobre toda un constelación filosófica.

extremos de la línea-eje del estaqueo de un cuero, levanta la cara y la afirma con aplomo:

—Todo el mundo se ríe... Me contó Sergio, que la otra mañana, cuando fuiste a la pulpería a buscar la correspondencia, no sé quién, un peón de lo de Rosales, me parece, te gritó en las narices, delante de todos los que allí estaban:

—«Ahí viene el enamorado de «La Blanca Chica»... ¿Decí si no es cierto?»

Mario se pone rojo como la grana:

—¡Mentís! — grita furioso — ¡Estás mintiendo!... A mí nadie me dijo nada... ¿Querés ver, mocososo, cómo te rompo la jeta?»

Pero su hermano no se amilana, y después de clavar cuidadosamente la estaca maestra, prosigue implacable:

—¿Entonces no será cierto tampoco, que mamá te encontró el borrador de una carta en donde había un corazón atravesado por una flecha?»

Al oír esto, Mario mira por un momento a Leo con una expresión de ira tan elocuente que éste, temiendo sin duda un atropello, baja la cabeza y enarca un poco la espalda; pero Mario logra contenerse y tras un hondo suspiro, abandona el sitio y se va lentamente hacia la casa...

Aunque debe faltar muy poco para el mediodía, porque el sol coronando las copas de los paraísos, comienza a invadir ya hasta aquel rincón de sombra, hasta aquella suerte de glorieta que cae justamente detrás del escritorio de «La Estancia» y que ha formado la casualidad, con dos o tres acacias achaparradas y una vigorosa enredadera de azules campanillas, Mario, medio oculto por el follaje, continúa aún allí, tendido de espalda

Y aquí he de poner punto a este ensayo que contra mi propósito ha concluído — gracias a la inspiración o a la Musa loca — por tener menos de *interview* que de semblanza de un espíritu realmente superior, a cuyos rasgos ya consignados ha de añadirse, para aproximarse a completarla, la escrupulosa probidad, la elevación de pensamiento, la inquebrantable firmeza, la señera independencia, extraordinaria alteza de miras, golpe aquí lino de vista penetrante para descubrir las verdades útiles en lo porvenir, elocuencia de corazón, fidelidad a los principios, modestia, rectitud, incorruptibilidad, las envidiables cualidades que Maximiliano Robespierre pretendía en quien hubiere de representar a sus conciudadanos...

ENRIQUE GONZÁLEZ FIOLO

(La Esfera, Madrid).

LA CHUÑA...

(Viene de la página 327).

sobre el césped y con una inmovilidad casi absoluta...

Y es que Mario piensa; es que Mario sigue pensando, en «todas aquellas mil cosas» ya dulces, ya amargas, de la tremenda pasión de amor que le domina y que al decir compasivo del capataz Aguilera, — uno de los pocos que le comprenden — «lo está dejando al pobre en *güesitos*...

¡Ah!... ¡Zunilda, Zunilda... Zunilda J. Reyes! ¡Hija única de don Frutos, el mayordomo de «La Blanca Chica»!... ¿Por qué viniste con tu elegancia un poco exótica, con tu cabecita rizada y tus ojitos demasiado sabios para tus quince setiembrés, a turbar el inocente reposo espiritual de ese buen muchacho, que hasta hace dos meses te ignoraba en absoluto y no tenía por lo tanto, otra preocupación que la del hermoso caballo roano que crió desde potrillo?

Tu padre, D. Frutos — don «Fruta», como le llama Leo en su grosera irreverencia — siempre estuvo solo aquí en «La Blanca Chica» hasta aquel día solemne, inolvidable, en que Mario te vió por primera vez descender como una hada rubia y en compañía de tu gruesa mamá, del estribo de un *breack* polvoriento, que acababa de detenerse ante el portón de «La Estancia».

Mario al principio, te huyó — bien lo sabés — te huyó como una liebre, porque le inspirabas una cortedad indomable y el día en que tu padre te lo presentó, casi por sorpresa, el pobre muchacho, tan encarnado como tu vestido, apenas si pudo articular el consabido y vulgarísimo: «¡Tanto gusto, señorita!»

Después... — ¡Y no digas que no! — Después, a fuerza de astucia, por fin lo pillaste una mañana detrás de la *carnicería*, en

donde el inocente ajeno a la asechanza, estaba limpiando el morral de su caballo y allí le soltaste entre otras muchas cosas, más o menos burlonas e incisivas, aquello de «si te tenía miedo» y de «si por qué te disparaba»...

Y más tarde aun, cuando lo *amansaste*, cuando con vagas promesas hiciste abrir su corazón a la luz de tus ojos, como se abren las flores a la luz de la aurora, cuando entregado a ti por completo, te traía ya, en homenaje y como a una princesa bárbara, desde el huevo de perdiz reluciente y de color chocolate, que encontraba en el campo hasta el durazno pintón que a hurto de su padre, arrancaba del único árbol tempranero que hay en la huerta, entonces y molesta sin duda por su insistente apremio, entonces le diste sin compasión la primera puñalada:

«Tú no habías venido a «La Estancia», para quedarte en ella «toda la vida».. Tú te volverías al lejano pueblo de tu residencia habitual con tus pulmoncitos ya oxigenados, muy pronto, dentro de un mes quizá».

¿Y te acuerdas cómo palideció el pobre al oírte, cómo tuvo que sentarse de golpe, en el mortero ése que está siempre parado detrás de la cocina que corresponde «a las piezas del mayordomo», cómo lloró en tu presencia al igual que un chicuelo de cuatro años y cómo tú, sin dejar de mano tus ambigüedades de pequeña coqueta, que no quiere pero que *no suelta*, le consolaste al cabo con esta promesa, tan sin precedentes en los anales de la crueldad femenina, como en los anales de la tolerancia y de la ingenuidad de los hombres:

—Yo le contestaré antes de irme.

¡Sí, señorita!.. Ni más ni menos. Usted esperaría a estar con el pie en el estribo del *break* para decirle al infeliz que no lo quería... Y lo más enorme y lo más atroz ha sido que el pobre muchacho haya debido y podido vivir todo este mes que termina, sin otra leña para la hoguera de su pasión, que alguna coqueta mirada suya, que alguna vaga sonrisa...

—¡Ah, ah!... ¡Y diga Vd. qué por suerte para él, el muy infeliz, no ha creído todavía, en eso que le *soplaron* la otra tarde, cabe uno de los esquineros del cerco de la quinta; y no lo ha creído porque a la edad que él cuenta, no puede concebirse una monstruosidad tan grande, como esa que significaría el casamiento de una chica como usted con un hombre como su primo, es decir «con un viejo asqueroso», que tiene como treinta años!

¿Y ahora en qué piensa usted, quiere decirnos; usted que sabe muy bien que mañana se marcha para el pueblo y que sin embargo está dejando pasar las horas *metida* ahí en su cuarto y sin darle a Mario la respuesta que le debe?.. ¿Qué?.. ¿Será acaso que todavía no ha encontrado usted hora, ni sitio, ni víscera que satisfaga plenamente, su íntimo y atroz deseo de que resulte mortal la puñalada?..

Mientras usted está ahí, en su cuarto, planchando posiblemente alguna ropa interior para su viaje, y más posiblemente aún, Pensando en el próximo carnaval, allá, en

el pueblo, mientras usted está ahí en su cuarto despreocupada en absoluto de lo que puede ser mañana de Mario, él, echado allí, a la sombra de las acacias, aún confía en usted, aun es todo suyo, aun piensa en que bien vale usted cuantas burlas ha tenido que soportar de parte de su hermano y de todos los suyos: que bien vale su amor las mil punzadas crueles con que han lastimado su corazón generoso, esos mil miserables que apenas advierten que alguno ha hallado por fin una oportunidad para elevarse un poco, ya se arrojan decididos sobre él, para impedirselo a fuerza de pedradas o escupitajos...

—Sí, señorita... Todo esto es muy amargo sin duda, pero es la verdad verdadera. Por diversos motivos, pero siempre por su simpática causa, Mario está enojado o dolorosamente resentido con casi todas las personas que forman este pequeño mundo de «La Estancia». Con el padre, porque una vez le dijo que se dejase de hacer el pavo y que cuando quisiera *andar* con mujeres que no fuesen de su condición se fuese «por ahí, lejos... a la... la...». Con la mamá porque juzgó apenas la vió a usted que usted era una guaranguita... Con Leo, su hermano único e inseparable compañero de «tantos años», porque a cada paso suelta dicharachos de mal gusto a propósito de ese insignificante defectillo que tiene usted en la nariz, pero que por ser suyo a Mario le parece como una gracia más de su persona. Con la negra Benita, la cocinera: con el gringo quintero: con la *desgraciada* de Adela, la sirvienta, y contra toda esa *recua* de canallas y de *alcauciles*, por todo eso y porque uno por uno le han ido repitiendo invariablemente aquello tan odioso de que «parece mentira que un niño, que un mocito *bien*, pueda fijarse así sin mala intención en una chica pobre como Ud., y, además, porque algunos de ellos y muy especialmente las mujeres, muestran un odio tan venenoso y tan profundo contra Ud. que hasta palidecen de sólo verla cruzar el patio, con su sombrilla, y su vestido encarnados...

Con todos los demás, es decir, con la mayoría de los peones, Mario está también disgustado porque son unos groseros, porque son unos insolentes, porque son unos pervertidos y porque no hay uno solo que no le haya aconsejado con tanto empeño como si en ello le fuera la vida, «una sarta de infamias» contra usted, «una sarta» tal de infamias, que «ni siquiera pueden repetirse». Sí, señorita... ¡Pobre chico!... ¡Viera la cara que puso la primera vez que le oyó algo así, a Aguilera, el gaucho ése a quien él mismo estima y *admira* tanto! Estaban en la cocina de los peones, una mañana los dos solos. Mario, como de costumbre, hablando y hablando y haciendo proyectos de amor para el futuro, y el otro cosiendo una rienda. De pronto Mario cambió de tono y dijo, dirigiéndose al gaucho, entre confidencial y afectuoso:

—¡Ah!... ¿Sabe, Aguilera, que le estoy por pedir un rulo!

¡Y oyera, Ud., señorita, la contestación de aquel bestia!

¿Ha observado Ud. alguna vez en el tambor? ¿Hay en el suelo un balde lleno hasta los bordes de una leche blanca, nacarada, límpidísima y de repente se asusta o se enoja alguna vaca arisca o mañera y... ¡zas!... al cocear, hecha entre el balde una pella enorme de barro, de estiércol o de cualquier inmundicia? ¡Bueno! El mismo efecto ha de haber causado al caer en la albura de lirio del amor del muchacho, la brutal obscenidad de aquella frase.

Dicen que se fué de la cocina más blanco que el pañuelo que llevaba al cuello y que por espacio de una semana entera no dirigió la palabra al capataz, ni aun para darle los buenos días...

En uno de los ángulos sombríos del galpón de «La Estancia», hasta donde llegan las tufonadas de horno del ambiente exterior, que los empujones del norte arrachado hacen entrar por la puerta, Leo, don Frutos, el capataz Aguilera y otras personas más están mirando un caballo. Es el caballo de Mario.

El roano, con la cabeza inclinada, los ijares hundidos y el pelo ensortijado en mil sucios remolinos que el sudor ha fijado al secarse, respira soplando estertorosamente por un rojo agujero que tiene junto al codillo, del lado de enlazar.

La escasa hemorragia después de correr a lo largo del remo como una cinta encarnada, forma con el polvo del casco un negro lodo de sangre.

Tras un breve silencio, el *peón por día*, un tapecito inquieto, con chiripá pampa y que al moverse *ara* el piso de tierra del galpón con las rodajas sonoras de sus grandes espuelas, torna a explicar a don Frutos cómo ocurrió el accidente:

—Ya le digo. Cuando endespues que se largó el rodeo, yo llegué al jagüel casi mesturao con las puntas de hacienda sedienta que caiba a la aguada balando y trotiando, ya estaba allí el chico jaguelero, pero... ¡cha!... ¡Con razón dicen que no hay comedido que salga bien! Queriendo hacer un favor... ¿sabe?... queriendo hacer un favor, porque me pareció al ver cómo se apiñaban los animales ande mesmo volcaba la manga, que alguno podía cairse adentro, agarré y metí el caballo entre el montón, pechándolos y castigándolos con el poncho. ¡Y yo no sé!... ¿Quizá no más algún toro chúcaro al levantar la cabeza asustao me lo agarró tan fiero con la *guampa*? ¡Yo no sé!.. Es cierto que advertí que medio se me alzó de manos entre la hacienda, pero recién me dí cuenta de que estaba corneao al ver cómo afluejaba del encuentro...»

Y el gauchito con sus ojos renegridos y desconfiados, busca con insistencia los ojos del mayordomo, pero don Frutos no le atiende ya porque está muy ocupado en mostrar a Leo, cómo la fuerza de aquel soplo pneumo-torácico del pobre caballo de Mario alcanza a apagar un fósforo.

Cuando los demás hombres se van, Aguilera pregunta a Leo en voz baja y casi solemne:

—¿Sabe ya su hermano que le han lastimado tan feo el caballo?

Y Leo, alzándose de hombros, le responde entre burlón y despectivo:

—¿Mario?... ¡qué sé yo!... ¡Para lo que le importa ahora!... Debe estar por ahí, rasqueteando a «La Chuña».

Y después que se queda solo, el niño se acerca de nuevo al caballo herido y le dice, a tiempo que le acaricia suavemente el hocico:

—¡Roano!... ¡Pobrecito Roano!...

*

Acaba de amanecer y un copioso aguacero ha refrescado dulcemente la atmósfera. Se advierte un grato perfume de tierra mojada y los rastros de la lluvia aun brillan en las hojas de los árboles, en los alambres de los cercos y en la concavidad de los pliegues de los cueros vacunos estaqueados ante el galpón, cuya puerta abierta recorta en la claridad matinal y sobre el muro blanquísimo su gran cuadrado de sombra.

Como la mitad de la población de «La Estancia» aun reposa y la otra mitad se ha ido ya al campo, todo está silencioso y todo estaría desierto si Mario no continuase allí sentado sobre una de las húmedas varas de aquel viejo carro de dos ruedas que poco a poco destruye la intemperie tan cerca del galpón.

¡Pobre Mario! Con la cabellera despeinada, la cara entre las manos y los ojos sin luz, se diría la imagen viva de la desolación más absoluta. Y a fe que tiene motivos para estar así: Ya se fué ella; ya se fué la ingrata, dejándolo sin la más miserable limosna de esperanza y tan vacua el alma de toda energía que quizá nunca más ya podrá levantarse de aquella vara del carro sobre la que cayó derrumbado. ¡Ah! Es tan atroz su infortunio que a ratos aun le parecería un sueño, si la brutal realidad no estuviera allí patente en las profundas huellas marcadas sobre la tierra húmeda del estaqueadero, por las ruedas del *breack* que salió del galpón, por ahí, por esa puerta oscura y siniestra para llevarse para siempre...

«¡Ah!... ¡Miseria de haber nacido!... ¡Oh!... ¡Miseria de ser tan joven!...».

—«Después de todo usted es muy joven para mí, Mario...».

¡Ah, ah!... ¡La falsa!... ¡La hipócrita!... «¡Tan joven!...» Y sólo le lleva quince días de diferencia la mocosa tan llena de pretensiones! ¡Caramba! ¿Será preciso que uno sea un viejo asqueroso para que las mujeres le hagan caso? En todas las novelas, en mil novelas, se habla de duques y de condes que se casan a los quince años. ¡Y tan sólo uno ha de ser la excepción desdichada!... ¿Y ahora qué hará? ¿Cómo podrá, sin morirse, llegar hasta la noche y hasta mañana y hasta pasado y después y después? ¿Cómo podrá volver a comer y a dormir y a contemplar la entrada del sol y la salida de la luna? ¿Cómo podrá, sin que le estalle el co-

razón, mirar todas esas cosas que eran como de ella y que sin ella no tienen objeto ya?

Y Mario, con la garganta oprimida por la angustia, va a enjugarse, con la manga de su blusa, dos nuevos y silenciosos lagrimones que han vuelto a verter sus ojos, cuando un rumor inmediato de pasos de caballo le hace levantar primero el rostro y exclamar en seguida con extrañeza:

—Oh, roano!...

Y es que su caballo, su pobre caballo herido, que ha olvidado por completo en sus angustias, acaba de salir del galpón y viene hacia él, caminando lentamente y de un modo raro, como si tuviese las patas envaradas.

—¡Oh, roano!...

Repite Mario con dolorida ternura, e incorporándose va a acercarse al animal que se ha detenido y que le mira con una mansa expresión de tristeza en sus ojos claros; cuando advierte de pronto que éste se mueve un paso, como para torcer el rumbo que traía, que sus patas temblorosas se envaran más y más y que por último, tras una leve oscilación de dos segundos, se desploma de costado y rígido, haciendo retemblar el suelo.

...Y Mario, al llorar desconsoladamente sobre los tristes despojos de su primera ilusión de amor y de su primer caballo, no advierte que yace allí, a sus pies también, otro despojo quizá más digno de ser llorado: El cadáver de su niñez a la que acaba de matar su adolescencia.

(La Nación, Buenos Aires).

Paquito

Cubierto de jiras,
al ábrego hirsutas
al par que las mechas
crecidas y rubias,
el pobre chiquillo
se postra en la tumba;
y en voz de sollozos
revienta y murmura:
«Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras.»

Y un cielo impasible
despliega su curva.

«¡Qué bien que me acuerdo!

La tarde de lluvia;
las velas grandotas
que olían a curas;
y tú en aquel catre
tan tiesa, tan muda,
tan fría, tan seria
y así tan *rechula!*
Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras.»

Y un cielo impasible
despliega su curva.

«Buscando comida
revuelvo basura.

Si pido limosna,
la gente me insulta,
me agarra la oreja,
me dice granuja,
y escapo con miedo
de que haya denuncia.
Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras.»

Y un cielo impasible
despliega su curva.

«Los otros muchachos
se ríen, se burlan,
se meten conmigo,
y a poco me acusan
de pleito al gendarme
que viene a la bulla;
y todo, porque ando,
con tiras ya sucias.
Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras.»

Y un cielo impasible
despliega su curva.

«Me acuesto en rincones
solito y a oscuras.
De noche, ya sabes,
los ruidos me asustan.
Los perros divisan
espantos y aullan.
Las ratas me muerden,
las piedras me punzan...
Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras.»

Y un cielo impasible
despliega su curva.

«Papá no me quiere.
Está donde juzga
y riñe a los hombres
que tienen la culpa.
Si voy a buscarlo,
él bota la pluma,
se pone muy bravo
me ofrece una tunda.
Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras.»

Y un cielo impasible
despliega su curva.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

(Lascas).



El espejo del visitante.

(Viene de la página 328).

Ha crecido enormemente el conocimiento en todos los órdenes de la vida, y las normas de valoración de una obra de hoy son más altas y severas que en épocas anteriores. Hoy nadie se hace célebre con una redondilla, ni con un artículo, ni con un discurso, y cuando se trata de juzgar una novela, un drama, un poema, un ensayo filosófico, no se les mide por las precedentes producciones indígenas sino cuando han alcanzado categoría de universalidad; habitualmente se les pesa y contrapesa con los modelos más perfectos de todos los tiempos y países. El resultado del examen, como es natural que así ocurra, suele ser poco estimable por efecto de esa agudización de la crítica, aplicada a obras que, con poquísimas excepciones, carecen de personalidad, de original creación.

Acaso el extraordinario desenvolvimiento de la facultad crítica resta audacia y confianza en la creación propia. Acaso sea este un período de preparación fecunda para otro venidero. Hoy la creación española es, en conjunto, impersonal, imitativa. Se salva quizá por el matiz literario, por lo puramente formal y accesorio, no por su perenne substancia humana. De ahí que sean tan pocos los libros españoles actuales que resisten una traducción. Como dice un amigo nuestro, si se les juzga desde el punto de vista de un checoslovaco, para citar a uno de los ciudadanos más recientes y, por lo mismo, mentalmente menos adulterados de Europa, nuestros escritores, desprendidos de la encarnadura de su propia lengua, vestidos a la medida, un poco de almacén, de otra extraña, y reducidos a su exclusiva esencia, pocas veces soportan un traslado de idioma. En este sentido, el premio Nóbel, que suele atraer una peligrosa curiosidad sobre los favorecidos, ha debido de ser un mal premio, como gloria literaria, para el Sr. Benavente.

Muchas otras consideraciones nos han surgido la placentera visita y el estimulante diálogo con Francisco García Calderón. No faltará coyuntura de volver algún otro día sobre ellas.

LUIS ARAQUISTAIN

(La Voz, Madrid).

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio \$ 2.50
 Simpatías y Diferencias (Cuatro series)
 Precio de cada serie \$ 2.50

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
 De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECÓNOMIA DE LA REVISTA

La entrega..... \$ 0.50
 El tomo (24 entregas)..... 12.00
 El tomo (para el exterior) ... \$ 3.50 oroam.
 La página mensual de avisos
 (4 inserciones)..... 20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Lea el REPERTORIO y recoméndelo a sus amigos.

Dr. Alejandro Montero S.

MÉDICO CIRUJANO

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.
 Despacho: Frente a la 2ª Sección de Policía

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
 MÉDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ODIO DE GRANDA

MÉDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
 de la Facultad de Medicina de París
 Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

25 varas al NO. de la Artillería.

TELÉFONO N° 899

Quien habla de la **CERVECERIA TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
 Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
 Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPES
 Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

EL MEJOR TALCO

Delicioso perfume
 Antiséptico
 Uselo usted

PIDALO
 en todas las BOTICAS

